

CLAVES

MARZO 2017

Salta - Año XXV - N° 247

EDICION ESPECIAL EN HOMENAJE A PEDRO GONZÁLEZ Y LA REVISTA "CLAVES"

Colaboran

en este Número Homenaje

Yolanda Fernández Acevedo

Santiago Sylvester

Violeta Carrique

María Julia Palacios

Liliana Bellone

Zulma Palermo

Leopoldo "Teuco" Castilla

Alejandro Morandini

Fernanda Bravo Herrera

Gregorio Caro Figueroa

Hugo Franco

Federico Lanusse

Alejandro Miroli

Luis A. Borelli

Gustavo Barbarán

Daniel López

Manuel Pecci

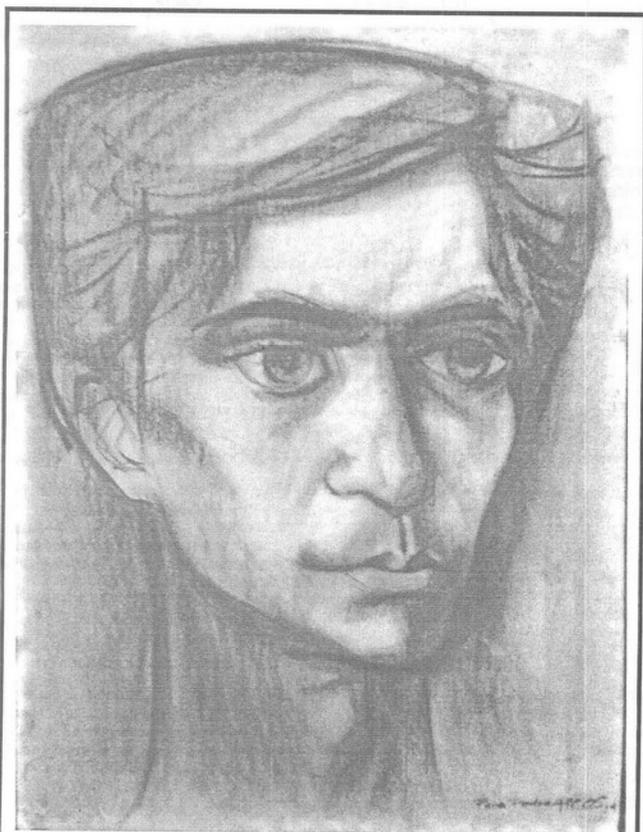
Martín Miguel Güemes

Mario Casalla

Graciela Maturo

Alejandra y Fernanda González

Marita Iturriza



Pedro González

Retrato

Julio Picos

1959

Palabras preliminares

Yolanda Fernández Acevedo

Esta edición de un número especial de homenaje a Pedro González y la revista Claves, se realiza a un año de la desaparición física de Pedro. La revista - que comenzó como un quincenario de opinión en febrero de 1992, para en unos pocos meses cambiar de formato y establecer una frecuencia mensual - se prolongó hasta diciembre de 2015. Estos 24 años de trayectoria la hicieron partícipe de grandes transformaciones políticas, sociales, culturales. Cuando se tiene la oportunidad de realizar una lectura completa de la colección asistimos a una representación temporal de cómo se gestaron, cómo se desarrollaron y qué alcance tuvieron los diversos episodios de la historia de nuestra provincia, de la región, del país y de Latinoamérica. Sabemos que esa fue la intención de su fundador: contribuir al conocimiento, brindar la información, discutir los argumentos explícitos e implícitos de cada nueva propuesta, establecer vínculos entre la diversidad de opciones, movilizar la discusión y el intercambio entre modelos diferentes: en una palabra, participar activamente en la construcción de una conciencia social y cultural que fuera capaz de expresar los conflictos y enunciar las soluciones.

Este número especial de Claves constituye, de algún modo el año 25 de su presencia. Pedro quería, y lo dijo expresamente, llegar a ese cuarto de siglo para Claves. Por eso realizamos este doble homenaje, a una revista y a su director, para concluir con esta prodigiosa aventura del pensamiento y la acción que se generó con Claves. Un cierre adecuado era convocar a todos los colaboradores que escribieron en ella y participaron de ese destino moral. Lamentablemente, por distintas razones, no todos estarán presentes en este número, pero los que lo están hacen que el lector pueda encontrarse con el mejor espíritu de esa publicación. La pluralidad de puntos de vista, la diversidad patente de los encuadres ideológicos y políticos, son los que sustentaron la vigencia de la revista. En la escritura de cada uno de los colaboradores podremos encontrar, pese a las hondas diferencias, ese impulso constructor que exige la revisión permanente de los argumentos en pugna que subyacen a toda una sociedad. Por eso, el valor de estas notas está centrado, no sólo en el homenaje, sino en las sugerencias que explicitan para dar respuesta a nuevos desafíos.

Y es que la labor de Claves, de alguna manera, no concluye: deja abierto un camino para nuevas convocatorias, para nuevas discusiones, para la exploración y la indagación permanente en los ámbitos de la historia, la política, la cultura, la literatura, el arte, los discursos científicos, la filosofía. No es escasa la tarea que cumplieron los colaboradores de Claves: el tiempo nos dará la posibilidad de nuevas lecturas que ampliarán el horizonte de nuestra comprensión. Y esa es la contribución que estamos homenajeando en este número especial de Claves para cumplir con su cuarto de siglo: un legado vivo para la permanente investigación y la siempre presente reestructuración de temas y motivos que permitan una mejor comprensión de los problemas de nuestro lugar en el mundo, enriqueciendo el espectro de posibilidades para dar soluciones efectivas.

De este modo, cumplimos con el doble homenaje a la revista y a su fundador y director, con el agradecimiento a los colaboradores, a los suscriptores, a los avisadores.

Este número, entonces, cierra estos 25 años de la vida. Pedro, director de la revista y los colaboradores que la hicieron posible, pueden estar satisfechos: Claves ha cumplido con los propósitos que enunciara en sus comienzos y ratificara en su final.

Pedro González



Claves para una Biografía

Yolanda Fernández Acevedo

Pedro llegó a Salta en 1961. Un viaje relacionado con un trabajo que, durante breve tiempo, desempeñó en Salta y Jujuy: representaba a una distribuidora de libros que acercaba a estas provincias material bibliográfico a librerías y particulares, una modalidad que, por aquellos años, era bastante frecuente. Suponía, él y sus amigos embarcados en esta empresa, que se trataba de un breve paréntesis en sus vidas muy porteñas, una estancia limitada y que sentían como proveedora de cierto exotismo en sus existencias muy de la calle. Corrientes de su Buenos Aires natal. No sabía entonces que Salta era su destino y que aquí encontraría amigos en la bohemia artística y literaria de esos hoy increíbles años '60, compañeros para su pasión política por el peronismo, una familia y, más tarde, CLAVES, esa revista donde se conjugaron todos sus intereses y sus búsquedas.

Cuando llegó a Salta, traía ya una intensa biografía: estudios incompletos de Letras y de Derecho, singulares experiencias en la poesía de aquellos años en Buenos Aires, sus primeras militancias en el ámbito peronista, una pertenencia inauditable al lado de las reivindicaciones populares, un acendrado y nunca desmentido amor por los libros. De su primer matrimonio, una hija, Alejandra, que pronto aprendería a considerar Salta como parte de su historia.

Su primer encuentro con esta tierra fue reveladora, casi mágica: un mundo desconocido y una historia, una geografía, costumbres que le deslumbraron, un arte y una literatura con las que sintió profunda empatía.

Nos conocimos a los dos o tres meses de su llegada. Yo, estudiante de Filosofía en aquel Dpto. de Humanidades todavía vinculado a la Universidad de Tucumán, le encargué con urgencia un texto que necesitaba para un examen. Por distintos motivos, no pudo cumplir su promesa en tiempo y forma, pero ese fue un buen motivo para reunimos y, mientras hacía el correspondiente reclamo, nos encontramos coincidencias en lecturas y pasiones compartidas. Desde entonces continuamos escribiendo nuestra biografía juntos hasta 2016.

En esta biografía los acontecimientos políticos marcaron en forma determinante los distintos momentos de los profundos cambios que signaron la época. Pedro fue protagonista de todos ellos, comprometido siempre con el peronismo y con sus grandes consignas. Una primera aventura periodística se dio entre los años '69 y '70, con el diario Democracia, de breve vida, pero intensa inserción en el cuadro político social de un momento clave para la preparación de grandes acontecimientos. Luego llegaron los años del exilio, exilio interno, en los que estuvimos fuera de la

provincia, ya con nuestra hija Fernanda. Con la llegada de la democracia, en 1984, volvimos a Salta. Un momento de grandes expectativas, un reencuentro con las luchas populares.

CLAVES va a aparecer en 1992, con fecha 6 al 19 de febrero, como un quincenario de opinión política. Surgía desde la necesidad de constituir un polo de reflexión y participación decidida en los asuntos de la época. En la página 2, en una breve columna titulada "Claves de esta publicación" se detallan aspectos que merecen destacarse. Comienza con una clara acotación: "Una presencia periodística más necesita justificarse", para luego manifestar sus propósitos iniciales: "A mitad de camino entre la noticia cotidiana y la reflexión más profunda de una publicación especializada, trataremos de construir en torno a estas páginas un espacio común para el análisis de las claves que gobiernan nuestra sociedad". Seguidamente subraya "Sabemos que existe la convicción de crear un ámbito común, coincidente con un puñado de afirmaciones básicas, que hagan posible la convivencia civilizada de las personas y la confrontación serena de las ideas que expresan. No creemos, por cierto, en una neutralidad aséptica, consistente en comprenderlo todo en una indiferencia suicida". La voz del director de CLAVES se vuelve más apremiante cuando asume un marco de comprometido respeto para su quehacer: "Nuestra provincia por su condición mediterránea se enfrenta con mayor rigor a esta nueva realidad para el subcontinente y sus nuevos desafíos". "América que siempre ha sido utopía y realidad- contrasta de sueños luminosos y pesarosos vigiliadas- es nuestra tradición y nuestro destino". Finalmente, concluye la breve apelación al lector con el llamado a "...un proyecto común, sin exclusiones, pero sin condescendencias con nuestras propias limitaciones y prejuicios, con coraje y con fe". Y lo dice con firmeza, trazando su propio objetivo como publicación: "Esta voz, humilde pero firme, quiere ayudar a forjar este nuevo proyecto".

En el número 6 de CLAVES en un breve editorial, se retoman estas posiciones, se modifica la periodicidad- ahora será una revista mensual- y se anuncian cambios en la dirección y en los colaboradores. Podemos decir que Claves se encuentra a sí misma desde este número. Se trata de un compromiso singularmente amplio, que, desbordando lo político, abarca aspectos históricos, sociales, culturales, literarios y filosóficos. Modifica su portada desde el n° 11, apareciendo en cada nuevo ejemplar la reproducción de una postal antigua de la ciudad de Salta, lo que se convertiría durante varios años en la característica de Claves. Posteriormente, esa postal es sustituida por la reproducción de obras plásticas de artistas, salteños o vinculados al quehacer de la provincia.

En el último número de Claves, diciembre de 2015, Pedro se despide de sus lectores en una breve y emocionante nota, en la que celebra los 24 años de labor ininterrumpida y en donde reafirma los propósitos iniciales: "El propósito central, desde nuestra perspectiva, consistía en entablar un diálogo político-cultural que permitiera crear las bases para el nacimiento de una auténtica vida democrática, entendiendo esta no sólo en un sentido político, sino como posibilidad de construir un hábitat donde los problemas de la provincia, de la región y del país, pudieran debatirse libremente". "Convocamos, a figuras que, en el campo cultural tuvieran un significado que trascendiera los límites de una mera discusión de lo inmediato, para afirmar o negar la validez de expresiones coyunturales". Y continúa diciendo... "No hubo sectarismo alguno, se condenó la violencia bajo todas sus formas, se estimuló la labor creativa y se afirmó tanto la aventura como el orden".

La tarea de CLAVES queda así cabalmente diseñada, desde las primeras palabras de su director, hasta la despedida final, en que aparece claro el sentimiento de un compromiso realizado. Y eso es lo que quiero destacar: CLAVES cumplió cabalmente la propuesta enunciada. Si alguien leyera hoy todos los números del mensuario, en su orden cronológico, tendría, seguramente, al cumplimentar ese ejercicio, la visión de una unidad en la concreción de un proyecto. CLAVES es una obra que tiene principio y fin. Su editor, su autor, así lo quiso.

Por eso CLAVES forma parte consustancial con la biografía de Pedro. En esta revista colaboraron hombres y mujeres de las más diversas disciplinas, con intereses y discursos de distinta orientación y signo, con sesgos radicalmente diferenciados en la manera de proponer desafíos y soluciones. Pero en el grupo de colaboradores que mes a mes firmaron sus artículos, había algo que permanecía siempre fiel a los objetivos últimos de la publicación. En este sentido- y eso estaba en la voluntad de Pedro- entre todos realizaron un constructo que, desde distintas posiciones y formación o compromiso ideológico o político, coincidía en los propósitos dados desde un primer momento.

La lista de colaboradores es larga y, en forma exhaustiva, representa a lo más



Pedro y Yolanda (1962)

importante de la producción local, de la región, y también del resto del país. Esta extensa nómina, de indiscutible mérito y destacada presencia, es, después de todo, también un listado de los amigos y amigas del editor. La amistad esa 'pasión argentina' como le gustaba repetir a Pedro, fue siempre parte y motor principal de la empresa. Por eso el agradecimiento constante de CLAVES hacia todos aquellos que la hicieron posible.

No hay que olvidar aquí a quienes acompañaron esta aventura desde el comienzo: los suscriptores que se convirtieron en lectores apasionados, siempre presentes con sus críticas y sugerencias.

Y un espacio de reconocimiento especial para la imprenta que tuvo a su cargo la presencia mensual de la revista, en las personas de Hugo y Gustavo Cisneros, por la paciencia permanente para los cambios de última hora.

Para concluir, quiero expresar algo muy importante sobre la personalidad de Pedro: su permanente curiosidad intelectual, sus amplias lecturas, su pasión por los libros, su devoción por la literatura, la poesía, el arte, su compromiso ferviente con las causas populares desde su anclaje en el pensamiento peronista, su entrega por los amigos, su increíble capacidad para la discusión argumentativa. Un aspecto nunca desmentido fue su prodigiosa ironía, una especie de compromiso socrático para la búsqueda de verdades, un inigualable posicionamiento que le permitía extraer de toda situación los aportes para revisar o modificar los cauces de toda discusión en busca de aquello que superara lo obvio o lo convencional para instaurar un pensar creativo y rupturista, pero también capaz de señalar nuevos y mejores caminos para la construcción futura de un mundo más justo y solidario. Sus amigos y amigas lo recordarán siempre así, el gran conversador, el que podía dialogar con todos, ejerciendo un magisterio lúcido y enriquecedor. Así lo recordarán sus nietos, Malena, Mauro, Luciano y Joaquín, en quienes depositó esperanzas para un futuro acorde a sus anhelos y luchas.

Quiero ahora citar a un gran poeta de la lengua castellana, que resume cabalmente los sentimientos de todos quienes compartimos biografía con Pedro: "Nos dejó harto consuelo, su memoria".

Leído en el homenaje de la Secretaría de Cultura de la Provincia, el 8 de octubre de 2016

Homenaje Manuel Pecci



Manuel Pecci, Pedro, Yolanda y Fernanda. (Bs. As. - 1977)

El 18 de marzo de 2016, hace ya un año -apenas y tanto como un año- que nos dejaba Pedro en la congoja de su viaje sin retorno. Un tiempo antes ya nos había transmitido su presagio sobre el final del ciclo de Claves, su obra, y el deseo de editar el número final del periódico, como despedida y clausura de una etapa entrañable de su vida, casi una síntesis de ella. Convocaba asimismo a quienes bajo su aliento y conducción colaboramos de alguna manera en el desafío que conllevaba su esfuerzo, a participar también de esa expresión final. La inquietud fue retomada al fallecer Pedro, por su esposa Yolanda e hijas. Y por eso aquí estamos, cumpliendo ese compromiso, a la vez que renovando el homenaje y agradecimiento al querido amigo que por más de medio siglo modeló facetas de la formación e ideales de vida de toda una generación en su Salta de adopción.

Está dicho que esa tarea fue un desafío, un duro desafío, que como el mismo Pedro lo dijo en carta a los lectores que publicó Claves al celebrar su número cincuenta, allí por junio de 1996 en su quinto año de vida, a través de los cuales condujo a la revista por un camino muy difícil, sobreviviendo "a varios naufragios e inundaciones", siempre fiel al postulado de señalar los valores de una tradición consistente en servir a la tierra que nos nutre y a una libertad que imagina nuevos caminos, haciendo suyo lo dicho en verso de Antonio Machado: "Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, //pero mi verso brota de manantial sereno".

Tenaz y coherente, volvió con carta al lector al cumplir el décimo aniversario insistiendo entonces, en el número 106 de la revista, sobre los objetivos y logros de la publicación de "garantizar la presencia de un periódico abierto, antidogmático, ajeno a fundamentalismos" y empeñado en la defensa "de una tradición viva, como espíritu de la tierra no como repetición de fórmulas vacías", "porque vivir es transformarse, pero también es tener raíces".

No vale en este homenaje reseñar contenidos, méritos, difusión, influencias, etc. de la revista que ya fueron objeto de fundado justiprecio en los análisis de conocidos trabajos de Gregorio Caro Figueroa en el propio Claves nº 100, y entre otros, de la Profesora Marta Ofeilia Ibáñez en su ensayo "En-Claves Políticos Culturales en un periódico independiente", merecedora del primer premio en el certamen literario Benito Rivelli del año 2006. Apunto en cambio a la resignificación del periódico en la que se destaca la impronta de su director que le imprimió carácter. Para ello, lo dice también en su carta a los lectores precitada, propuso un ámbito en el cual, sin abandonar convicciones, se desarrollara un clima de tolerancia y comprensión. Y a eso fue leal en su vida y fiel en la orientación del periódico en el curso del cual subyace ese espíritu. Allí colaboraron distintas expresiones de la cultura, del arte, de la política, de la marcha institucional de la provincia y del país, en el espacio de diálogo configurado bajo la conducción de su director y, es necesario decirlo, también con los desvelos de su compañera Yolanda.

Al despuntar el cuarto siglo de vida del periódico, en una nueva y postrera carta a los lectores publicada en el número 246 de diciembre de 2015, nos reiteraba Pedro el propósito central tenido en cuenta al encarar la publicación, la amplitud de la convocatoria generosa, amplia y creativa para un diálogo sin sectarismos pero también sin claudicaciones, como lo anticipara en su primera carta del número 50.. Expresó su agradecimiento a quienes compartieron sueños y esperanzas, y consideraba cerrado un período de nuestra historia y la apertura de una perspectiva distinta que requería, a su juicio, de nuevas herramientas. No fue difícil encontrar allí una dolorosa y noble despedida, a la que muy pronto sucedió el fatal desenlace de su dolencia, y el legado de un cometido que sigue toda su vida.

Así fue Pedro, eso hizo, con él aprendimos y Claves fue su testimonio. Y cuando se fue, pudo decir también como su recordado Antonio Machado: "Cuando llegué el día del último viaje, //y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, //me encontraréis a bordo ligero de equipaje, //casi desnudo, como los hijos de la mar". Ligero de equipaje sí, pero cargado y arropado con el ejemplo de su vida, de su inquebrantable conducta, de la entrega total a la misión de hacer realidad la felicidad del pueblo y la grandeza de la Patria, levantando un modelo de convivencia en una sociedad capaz de indagar el rumbo de su esperanza colectiva. Con el recuerdo y agradecimiento de quienes pudimos acompañarlo en vida y el compromiso de recoger su desafío que debemos aceptar y llevar adelante.

El constructor de puentes Santiago Sylvester



Ardoz Anzoátegui, Santiago Sylvester y Pedro.

El mundo vive en estos días conmovido por la amenaza de un muro que agravia no sólo a México sino a toda América Latina. Es el símbolo de una prepotencia y de una concepción intrínseca de la vida política, en las que se combina el desprecio por lo ajeno con la valoración superlativa de sí mismo. Con ser grave, hay un peligro más profundo que el propio muro, que es la idea de construirlo: porque el muro en sí mismo está hecho de cemento, de materiales, pero la idea de construirlo está hecha de estupidez. Y la estupidez es casi lo más irremediable que tenemos en este mundo.

Viene al caso lo anterior porque si hay alguien que en su medida luchó contra la idea de muros es Pedro González. Tuvo una visión opuesta: toda su actividad intelectual, y todo su esfuerzo por sostener un órgano de opinión, como la revista Claves, estuvo orientado hacia el diálogo, a favor de que las ideas fluyeran, se confrontaran con otras, tengan argumentación y réplica, para que el mundo pueda ser más abierto, más franco, más razonable. La idea de que lo distinto es peligroso, o peor aún enemigo, era ajena a su concepción ideológica y sobre todo a los propósitos de su revista. Más bien lo ocupaba la idea contraria: lo distinto tiene que existir, y es bueno que exista.

Un repaso a las páginas de Claves muestra una deliberada pluralidad, que no tiene nada que ver con el equidistante, con la aplanadora de un "todo vale" pedestre, ni mucho menos con la carencia, sino que ofrece la sincera voluntad de debate, de que haya canales para que prevalezca un punto de vista a favor de la democracia y de las buenas causas.

Esta visión comprometida con la historia del país, hizo posible un record absoluto en nuestra provincia: 24 años inintermitidos de una revista seria, importante, elaborada con las distintas opiniones de nuestra vida ciudadana.

Los que extrañamos al amigo, haremos muy bien en no olvidar ese ejemplo inteligente, de constructor de puentes, no de muros, porque es lo que conviene a la convivencia y facilita el entendimiento; o bien ayuda a una disputa que valga la pena. Chéjov (cito de memoria al no tener a mano su Diario) suponía que las diferencias siempre existirán, pero que está en nosotros hacer que no sean insostenibles. Esta fue la propuesta de Pedro: no suprimir las diferentes opiniones sino darles cauce; no disimular las distintas posiciones del debate, sino que puedan exponerse, discutirse, cuestionarse, vincularse, y que finalmente construyan el cañamazo de la sociedad, precisamente para que sea sólida.

De personas como Pedro González depende que el mundo sea más respirable.

CLAVES

o una apuesta exitosa a la cultura

Violeta Carrique – María Julia Palacios

Es para nosotras una gran satisfacción poder participar en esta publicación de merecido homenaje a Pedro González. Conocimos muy de cerca el enorme esfuerzo personal realizado por él para publicar cada mes, durante veinte años, la revista CLAVES.

Son muchas las cuestiones a destacar. En primer lugar, la perseverancia de su director, esa silenciosa virtud que le permitió sostener la publicación durante tanto tiempo. Quienes, de alguna manera, tuvimos relación con el trabajo de edición, sabemos de las dificultades que deben sortearse lo que hace que muchos proyectos se diluyan en poco tiempo.

Lograr que las contribuciones lleguen a tiempo, que se respeten los requisitos de la publicación, lidiar con la corrección de las pruebas de imprenta y la distribución de los ejemplares, son un cúmulo de tareas que desmoraliza a muchos. Si a esto se suma el esfuerzo y la preocupación que supone lograr obtener los recursos económicos necesarios para poder cumplir con el compromiso de aparición mensual de la revista, el esfuerzo es descomunal. Que todas estas tareas estuvieran casi exclusivamente a su cargo, con la muestra más acabada de su personalidad.

Sin embargo, en nuestra opinión, el rasgo más importante de este emprendimiento quizá sea la clara definición que su director imprimió a la revista desde su origen y que mantuvo hasta el final. Pedro González se preocupó y ocupó de crear un espacio para un libre debate de ideas, con independencia de sus propias y firmes convicciones. Apostó a la pluralidad de opiniones con un respeto por las diferencias políticas o ideológicas pocas veces visto en publicaciones similares, sin por eso dejar pasar la ocasión de discutir, con agudeza, los argumentos de quienes llevaban sus artículos.

En CLAVES tuvieron cabida temas de diversa índole y con diversos enfoques; temas históricos y temas de actualidad. Recibió la colaboración de muchos/as intelectuales, académicos/as, escritores, poetas, que encontraron un lugar apropiado donde expresarse. La revista les permitió a muchos/as lectores conocer las investigaciones y reflexiones de profesionales para quienes CLAVES se constituyó en un canal de difusión que excedía la academia.

Más preocupado por el contenido que por la forma, González hizo de CLAVES una revista de formato artesanal que llegó a infinidad de personas, no sólo por suscripción y venta en librerías y puestos de revistas de la ciudad, sino porque su Director, con enorme generosidad, facilitó la distribución gratuita de ejemplares en bibliotecas populares y en colegios, de la capital y del interior de la provincia.

Es éste otro rasgo digno de destacarse: la revista no fue un pretexto para obtener dinero. Pedro trabajó para CLAVES, no lucró con CLAVES. La revista fue sostenida por suscripciones, alguna pauta publicitaria de instituciones y publicidad de profesionales allegados.

Nuestra experiencia en CLAVES no pudo ser más positiva. Pudimos expresar con entera libertad nuestras ideas y nuestros puntos de vista sobre las temáticas que abordamos. Es de justicia recalcar que CLAVES fue para nosotras un espacio privilegiado para exponer los diversos temas y problemas de filosofía de género y los cuestionamientos del feminismo a la patriarcal sociedad salteña en momentos iniciales de la divulgación de estos temas en nuestro medio. Nos posibilitó hacerlo con el rigor que nuestra formación académica nos exige, lejos del abordaje superficial y hasta banal con el que en otros espacios son tratadas las cuestiones relativas a las problemáticas de las mujeres en la sociedad.

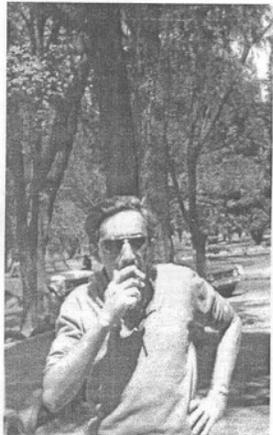
Ya en el quinto número la revista publicó una reseña del libro de nuestra autoría, "Las mujeres estamos destinadas a otras cosas", primera aproximación en nuestro medio a las cuestiones de género y el feminismo desde la filosofía.

A partir de ese momento, pudimos participar en sucesivos números con artículos en los que abordamos temáticas de rigurosa actualidad pero controversiales si que nos impusiera ningún tipo de condicionamiento. Así, expusimos nuestras opiniones sobre temas de Ética aplicada, materia de debate de nuestra sociedad, como el aborto y la eutanasia (Libertad de la mujer y defensa de la vida: ¿derechos inconciliables? Claves N° 32, 1994; Morir con dignidad. Claves N° 15, 1993). Pero también sobre cuestiones surgidas de los más recientes investigaciones de las Ciencias Sociales que aportaron una nueva perspectiva de análisis, el género, ampliando el campo del conocimiento ("La igualdad es todavía una utopía". Claves N° 44, 1995; ¿Historia de las mujeres? o historia no androcéntrica?. Claves N° 63, 1997; "Diferencias y desigualdades. Una defensa del universalismo en ética". Claves N° 81, 1997; "Género y discurso jurídico". Claves N° 101, 2001; "Masculino" - "femenino" o la construcción cultural de la biología". Claves N° 113, 2002; "Para comprender el género". Claves No 114, 2002).

Creemos que Pedro González, un hombre comprometido y estudioso de la sociedad de su tiempo, encontró en la revista durante los años que la editó, una manera de expresar su propio pensamiento. Probablemente CLAVES colmó de sentido sus días por que, más allá de las dificultades señaladas, debió tener la satisfacción de ver cuánto se valoraba la revista -su obra- en los más dispares ámbitos de la cultura de Salta.

¡Cómo olvidar a Pedro!

Luis A. Borelli



Desde que Yolanda me pidió que escribiera algo sobre Pedro para incluirlo en un número especial de Clave, intenté varias veces hacer unas líneas, pero la verdad, me resultó difícil escribir sobre un amigo con el cual compartí gran parte de mi vida.

Y en esa búsqueda de como iniciar una nota sobre Pedro, me puse a pensar de que quizá sea mejor contar brevemente cómo y cuándo nos conocimos. Fue a mediados de los años 60, cuando en la sede de la Facultad de Ciencias Naturales y del Departamento de Humanidades (Bs. As. 177), los estudiantes comenzamos a realizar asambleas a favor de la creación de la UNSA. Al principio pensé que Pedro era un "tira" pues por entonces, todo tipo ajeno a la Facultad que mosqueaba las asambleas de saco y corbata, si no era "tira", en el poste le pegaba. Y así fue que le transmití mis sospechas a Eduardo Ashur, un amigo común que me empapó del asunto: "Suri, ese tipo es Pedro González un compañero; y viene aquí porque tiene otros intereses por estos lares". La verdad, sus ojos, "uno anarquista y otro republicano" - como solía repetir Pedro- se habían posado sobre una buena moda de Humanidades: Yolanda.

Nuestra lucha por la creación de la universidad "nacional y popular" siguió su curso y de a poco fue creciendo con Pedro una amistad que se hizo cada vez más estrecha y que duró hasta su muerte. Aún hoy, a un año de su muerte sigo considerando a Pedro un amigo entero, leal, peronista hasta las lágrimas, que muchos aún lo extrañamos en la tertulia sabatina del Bar Los Tribunales. Aunque a decir verdad, Pedro era hombre de variadas tertulias.

La política nos llevó con Pedro a recorrer varias veces la provincia. Como olvidarlo en nuestros viajes a Molinos, La Poma, Cachi, Brealito, Luracatao, Santa Victoria, Iruya, Orán, Tartagal e incluso a Yacuiba. En cada pueblo tenía un amigo y por eso enseñaba: "Así como cada pueblo tiene un árbol afioso que sirve de referencia, también suele tener un hombre noble y generoso".

No podré volver a Iruya sin recordar a Pedro cuando a media noche tuvo que pelear por su catre; no podré volver a Santa Victoria ni a La Quiaca, sin recordar a Pedro buscando la pieza 17 en el Casino de Gendarmería con 14" bajo cero; no podré volver a La Poma sin recordarlo cuando admiramos el correr de un veloz guanaco por Campo Largo; no podré volver a Palermo Oeste sin recordar que con Pedro conseguimos la donación de un San Isidro para la capilla de ese pueblo.

Cómo olvidar la indignación de Pedro cuando en Cachi le cambié el platillo de bicarbonato por uno con azúcar impalpable.

Le hice tantas pillerías como se las hice a mi padre, pero siempre lo supe escuchar con respeto y mucho afecto.

Cómo olvidar a Pedro en la esquina del Bar Los Tribunales, rodeado de amigos y ocupando siempre la misma silla y acaraparando la atención de todos. Cómo olvidar sus lágrimas que el peronismo le hacía brotar.

Pedro, pasó un año y aún te seguimos escuchando con respeto. Pese a tu sentida ausencia te recordamos con eso que vos decías que nunca había que perder: con humor.

De cómo Pedro pasó a ser mi amigo y maestro

Federico Lanusse



Lo conocí en algún pasillo de la casa de Grand Bourg. Y comencé a tratarlo, si mal no recuerdo, durante los años de gobierno de Hernán Cornejo. Desde un primer momento me impactó su figura y sus dictiones, extrañas en tierras nortehñas. Caminaba como acelerado, con urgencia, pasos cortos, difícil de seguir. Y hablaba en un portejo plagado de modismos locales que no perdía el tono socarrón y arrabalero. Con perdón.

No tenía yo mucho conocimiento de la historia del peronismo lugareño anterior a mi radicación en Salta. Había militado en otras geografías. Seguramente debido a eso no podía encasillarlo en alguna de las facciones internas del movimiento, que en esos años continuaban en pugna por ya antiguas diferencias. Pero si teníamos algunos amigos en común.

Años de pasiones aún vigorosas, de brasas aún calientes por fuegos anteriores. Cuando parecía que iba la vida en cada discusión. Brasas que se fueron enfriando con el correr de los años, durante los '90'. Y que resurgieron en la siguiente década, para recordarnos que donde hubo fuego cenizas quedan. Y para confirmar que "el fin de la historia" se encontraba lejano.

Después de la derrota del peronismo en el año 1991 a manos de Roberto A. Ulla, Pedro decidió sacar a la luz pública una revista, CLAVES, la que fue su obra de mayor envergadura y permanencia. No porque el mensuario fuera un lujo de edición. Ni porque su actuación pública anterior haya sido intrascendente. De todo eso hablarán otras voces en este número homenaje. Sólo importan para mí hoy las cuestiones más personales, entrañables.

Pedro se movía con escasos recursos, publicidades y suscripciones, algo para él tirando. Pero sin embargo, poniendo en juego su prestigio político y personal, y sumándole un tesón y fuerza de voluntad que más de un veinteañero envidiaría, consiguió lo que se podría señalar como "un milagro". Juntar en las mismas páginas diferentes voces, distintas miradas, diversas interpretaciones de lo que ocurría tanto en el ambiente político, como en la literatura, el arte, las ciencias, y la vida diaria en las calles. Y esa maravilla del encuentro y el diálogo era papel, pero en las letras estaba su propia visión de lo que debía, podía, y tendría que ser nuestra Patria.

Recuerdo que las primeras notas que le acerqué hablaban de "El Carnaval de Oruro" y "La ruta del vino". Hasta ahí, poco y nada había compartido con él, fuera de algún encuentro en casa de amigos comunes. Pero desde esas notas, alejadas justamente del mundo de la política partidaria, nuestros diálogos comenzaron a ser cada vez más frecuentes. Me impresionaba su respeto por el adversario (o adversaria), en quién podía señalar desaciertos, sin perder por eso la estima personal, como algo sobreentendido en un caballero. Rara vez, muy rara, se le escuchaba insultar a alguien en nuestras conversaciones. Al último que le escuché, por cierto, y no en un momento de enojo, si no con estudiado desprecio, fue al actual presidente.

Siempre le decía yo entre risas que la oficina de CLAVES era la Secretaría de Cultura paralela. Por su puerta pasaban todos los días personajes notorios de las distintas disciplinas. Todos se sentían en la necesidad de conversar un rato con Pedro, aún de cuestiones personales.

Durante el conflicto con Uruguay por la instalación de las "pasteras", me pidió un artículo para el número de ese mes. Indignado por el tratamiento del tema que llevaba adelante el presidente Kirchner con aquella reunión de dirigentes frente al río incorporando a nuestros hermanos de la Banda Oriental, escribí unas líneas irónicas y descalificadoras. Me explicó que no lo iba a publicar porque eso no era el tono habitual de la revista. El enojo mutuo no pasó a mayores, pero después siempre le recordaba que era la primera vez que un compañero me había censurado.

Cada charla en Tobías o en La Moderna era una lección de historia y de humanidad. Ahí, fernet, cerveza o moscato de por medio, su lengua y su cerebro comenzaban una larga e insustituible demostración de cultura y calle enteradas. Aunque a La Moderna, pese a apreciar a sus propietarios, en los últimos tiempos no quería volver "porque está lleno de gorilas que me agreden, y algún día les voy a tener que contestar..." Por ahí, quién podía saberlo, con el estilete escondido en su bastón. Y aún con sus diferencias notorias con el

último gobierno peronista.

De su madre y su padre, campesinos, conservaba algunos recuerdos y una adoración casi encubierta. "La mitad construímos iglesias, y la otra mitad las quemamos", repetía cada tanto, hablando de los españoles, como una definición irrefutable de sus orígenes. Pedro, tan críollo viejo y tan español, como miles de argentinos, en los últimos años repetía cada tanto: "Estamos jodidos..."

La tarde de la elección de Jorge Bergoglio como Francisco I, al rato nomás, lo llamé por teléfono. Emocionado hasta lo que eran lágrimas de un agnóstico, me dijo: "Te das cuenta, un jesuita... y peronista". Desde ese día, no dejé de pregonar, al menos ante mí, que la Iglesia de Francisco era nuestra esperanza de unidad en América Latina.

"Dos mujeres, un militar mulato, un indio, un obrero metalúrgico, un ex guerrillero... quien me iba a decir que alcanzaría a ver estas cosas", me decía hablando de los presidentes (y presidentas, no se enojen) que gobernaban años atrás América Latina.

No se cansaba de repetir que había que entender al último Perón, el del regreso. Si no era así, íbamos a un nuevo España. Las grandes mayorías nacionales tenían que encontrar sus nuevos caminos, sin dejarse engañar por los vendedores fantasmales de ilusiones posmodernas.

Como un símbolo, me decía que su último gran amigo era Leo Schwarzman, un radical de Yrigoyen, con quien compartimos más de una mesa en Tobías.

Se amontonan muchos recuerdos, mucho cariño, fuera de este texto limitado. Se te extraña día a día. Somos varios a los que nos cuesta pasar por los mismos lugares.

Y perdón por las confidencias ante tus lectores, Reboledo. Nos vemos.

Homenaje a mi amigo Pedro Gonzalez



Hugo Franco

Vaya este recuerdo al compañero político de toda la vida y también al hermano del alma. Como no podría ser de otra manera, en este homenaje inevitablemente se conjugan dos profundas tristezas:

Por la pérdida de una relación fraternal con el amigo, el hombre más bueno, recto y honorable que conocí en el ámbito de la política y sus avatares, los más lindos y los más deleznables que me tocó vivir en conjunto. A su vez, el desconuelo que me provocó el destino de nuestro querido Movimiento.

Los tristes hechos ocasionados en estos últimos 34 años en nombre del Peronismo parecieran anunciar el fin de una larga época de bruscas y miserables particiones territoriales y culturales que han constituido nuestra historia nacional. El movimiento del General Perón fue el último heredero de encasillamientos fraticidas desde los primeros albores de nuestra revolución de mayo.

Si su triste final (por incapacidad o mezquindad de distintas dirigencias, porque no supo o no pudo comprender las motivaciones de su líder, por agotamiento de sus metas y propósitos, o por no haber sabido comprender los cambios de un paradigma agotado) es el precio del cambio de una equívoca forma de hacer política. Querido hermano Pedro, tratemos de evitar tristezas y comprender que si nos tocara actuar en la nueva época, trataríamos de comprender sus raíces y motivos históricos y allí estaríamos de nuevo peleando por esa Nación que quiso ser. Allí nos veríamos, en la continuidad de esa lucha inconclusa.

Claves

Liliana Bellone

CLAVES, hermana etimológica de LLAVE, (CLAVE-LLAVE: doblete del latín clavis), es código o cifra para decodificar mensajes, señales y símbolos en su acepción culta (clave); instrumento necesario y único para abrir cerraduras en su acepción vulgar (llave); implica por lo tanto la necesaria contraseña para entrar en un lugar determinado (música, cultura, dominio, poesía). Claves para entender un mensaje, para iniciar una melodía, claves para caminar por ciertos territorios que no son fáciles de transitar, claves o llaves hacia la libertad y la expresión.

CLAVES, la revista, propone al receptor adentrarse en los ámbitos de la lectura, desde una mirada amplia que abarca la opinión, la reflexión, la filosofía, la literatura, la historia, las ciencias sociales, la crítica y el arte.

Cuando les acerqué a Pedro González y a Yolanda Fernández Acevedo, algunas de mis notas, me invitaron con gran gentileza a colaborar- no de manera formal- con la revista. Sin duda a través de Claves, mis trabajos tuvieron difusión en un público heterogéneo ya que esta publicación representaba un espacio plural, libre y sobre todo dispuesto a ofrecer un ámbito de debate en el campo cultural de la provincia y la región.

CLAVES reunía en sus páginas a escritores, investigadores, artistas, científicos, docentes, dispuestos a colaborar con la cultura del país. Y esto, en la Argentina, es altamente valioso.

La difusión de la revista fue extensa como lo demuestran sus 24 años de continuidad. Edición sobria y a la vez atractiva, con una estética definida, la revista pudo y supo cobijar nuestras palabras, desvelos, propuestas, análisis, comentarios, opiniones a partir de una concepción democrática e igualitaria del saber.

La libertad de expresión, tan declamada en nuestra sociedad, tuvo en CLAVES un ejemplo. Seguramente su creador, Pedro González, con su mirada lúcida y aguda, su experiencia y su manera serena y discreta de relacionarse, produjo la necesaria respuesta de constancia e interés en columnistas y lectores. Fue siempre un gusto colaborar con Claves, por la certeza de que el mensaje y la lectura estaban asegurados, por el trabajo sostenido de su director y del equipo de redacción. Un trabajo de años, sin claudicar, ni desfallecer. Este es el triunfo de Claves: su permanencia en la cultura argentina.

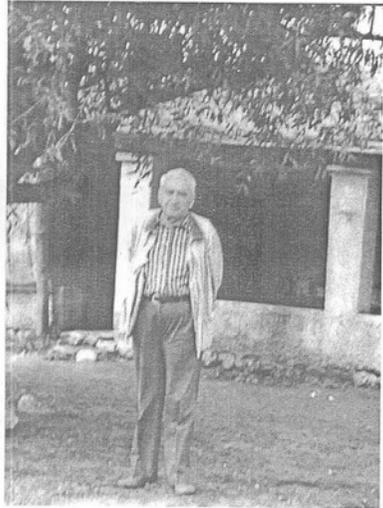
Si bien el público de la revista era heterogéneo, a menudo sus lectores provenían de los ámbitos artísticos e intelectuales, universitarios y periodísticos que no pocas veces encontraban en sus páginas, material específico para realizar investigaciones y estudios. De este modo, muchos de sus números aportaron información y documentos valiosos para tesis, notas, libros, etc.

Por eso, Salta y la región agradecen a CLAVES por su presencia en la cultura y evocan la memoria de Pedro González, su creador, el hacedor de una empresa cultural, de un nombre que es clave- o llave- para acceder a la patria de la libertad y el conocimiento.

En Clave de amor

...nunca juntaremos nada porque todo lo echamos a la vida.
Walter Adet. Los Oficios

Marita Iturriza



Si bien es cierto, como escuché hace un tiempo, que el misterio de un hombre o una mujer se revela sólo después de su muerte, nuestro amigo Pedro, se ocupó prolijamente de dejarnos claves de sí. Creo que era esa donación, lo que hacía de cada encuentro con Pedro un momento único. Tal vez porque entendía que el corazón pertenece al territorio de lo sagrado, donde hay lugar para todas las grandezas y miserias posibles, y sin adherir a credo alguno, no es paradójal que con humildad franciscana viviera el misterio eucarístico de alimentar con su cuerpo y con su sangre a los que lo rodeaban.

Recientemente, después de una ardiente discusión familiar acerca de si hay una sola o varias maneras de hacer las cosas, tuve la oportunidad de desmenuzar el tema. Seguramente hay muchos matices, sin embargo, al menos por ahora, he llegado a la conclusión de que para que existan muchas maneras de hacer las cosas debe haber una sola que se cumpla con anterioridad y esta es poniendo el cuerpo. Y la conclusión obligada es que siendo cada uno de nosotros seres únicos, diferentes, imprimirá a sus actos la manera particular de su cuerpo. No poner el cuerpo, en cambio, dejará un vacío igual a otros vacíos, no ofrecerá esa diversidad que enamora.

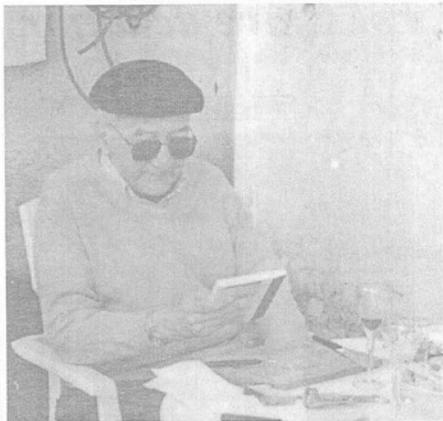
¡Cómo no tener presente a Pedro en medio de estas cavilaciones! Si que puso el cuerpo en cada momento de este trozo de historia que le tocó vivir! Cuántos riesgos y estrecheces por no claudicar! Cuántos dolores por sus seres queridos que lo acompañaron en esas opciones! Porque no estamos hablando solamente de Pedro, esa manera particular de vivir era vivida con Yolanda. Y Claves es la ofrenda acabada de una pareja que eligió hacer de sus vidas una creación única. Ese acto de crear responde a una fe en la Vida, en el Amor, que les hace decir CREO y al deseo irreprimible de dar a luz cuando se está preñado de esa fe, por eso vuelven a decir CREO. Así nace Claves: un recinto amorosamente cuidado donde todos estuvimos invitados a servirnos y servir.

Pocas veces habremos vivido un gesto de ternura por la vida tan constante como la que recibimos de Pedro y Yolanda. Gracias, muchas gracias.



Plaqueta Homenaje de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta

Al maestro con cariño y respeto



Mario Casalla

"¿qué hacer?" sigue siendo la cruz colgada en el pecho de todo político en función de gobierno). Pero me parece que este Pedro que hablaba en la Sociedad Española, pensaba en el ejemplo más cercano del segundo Perón (aquél de "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino", el transgresor de sí mismo, que había aprendido la lección); también el Perón que se construyó esa segunda posibilidad, a partir de una resolución tomada en 1955 y que —a la postre— resultó ser la correcta: entre el tiempo y la sangre, elegir el tiempo. Por supuesto que casi ningún político en actividad se declararía hoy "reformista": la prudencia no es buena bandera de campaña. Pero suele ser buena bandera de combate. Un breve y excelente artículo de mexicano Octavio Paz, me viene ahora a la memoria: "Revolución, revolución y rebelión" (incluido en "Corriente Alterna", Siglo XXI, México, 1967). Vale la pena releerlo.

LA APUESTA A LA ESPERANZA

Pero Pedro González puso otra pica en Flandes al rematar el párrafo con aquello de: "deterremos las ilusiones, pero acá están las esperanzas". Precisamente porque en política también es decisivo diferenciar una cosa y la otra. Y allí nos enfrentó Pedro con otra dupla clave (complementaria de aquella, "tiempo/sangre"): la dupla "ilusión/esperanza". Podríamos combinarlas así: quien opta por el tiempo apuesta a la esperanza; quien lo hace por la prisa, seguramente se juega por la ilusión. Y no se vea en esto una crítica, se trata de una descripción y de un debate tan legítimo como histórico. Para entenderla mejor —y con el perdón de Pedro y de Perón— permítanme introducir aquí a otro viejo sabio: el vienes Sigmund Freud, padre del psicoanálisis. Su obra "El porvenir de una ilusión" (escrita premonitariamente en 1927), es la mejor deconstrucción del mecanismo de la ilusión. Para decirlo de una sola vez: Freud nos advierte en esa obra que el porvenir de toda ilusión, es la desilusión y —peor aún— que cuanto más grande fue la ilusión, mayor será la desilusión (con todas las secuelas que esto trae). Lo que ocurre es que antes había descrito el doble juego de las ilusiones: absolutamente necesarias para la formación del Yo (en la infancia y adolescencia), resultan todo lo contrario en la vida adulta. Es decir que no se puede empezar a vivir sin ilusiones, pero no se puede continuar viviendo sólo con ellas. Y es aquí que Pedro (y todo político que se precie, claro está) introduce la noción de esperanza. O sea, una fe (no "ilusoria") que nos permite seguir viviendo, aun cuando sepamos que los reyes son los padres y que el mundo no fue hecho a nuestra voluntad. Precisamente porque la esperanza es "reformista", por lo cual siempre da una segunda oportunidad y es "lo último que se pierde". Las esperanzas suelen ser más resistentes que las ilusiones. La esperanza es no sólo una virtud personal, sino también esencialmente comunitaria y —por ende— política. Pero el Peronismo —el de Pedro y el de siempre— sabe muy bien que la esperanza sólo se sustenta con la organización de un Pueblo que camina hacia su liberación. Sólo lo que está organizado (es decir un Pueblo, que en consecuencia ya no es masa, ni simplemente "la gente") puede protagonizar ese difícil, largo, pero siempre posible, camino de Liberación nacional y social. Y esa fue la Causa que movió toda la vida de Pedro y de miles de mujeres y hombres en nuestra Salta y en todo el país. Y si se quiere poner esto en un solo nombre: se trata de la Justicia. Esto es lo que enseñó como Maestro, Pedro González. Y como bien se sabe, un verdadero Maestro es aquél que enseña (y deja aprender) casi sin que nos demos cuenta. Sin tiza, pizarra, ni power point, transformaba la oficinita de "Claves", o la mesa del bar Tribunales (o varias otras), en un ejercicio de la palabra que mostrando, "dejaba ver" más allá del palmo de las propias narices. De esas tenidas uno casi siempre salía sabiendo algunas cosas nuevas; con nuevas esperanzas que organizar y defender. Por eso me dio mucha risa que alguien lo caracterizara últimamente como "peronista ortodoxo" (incluso con cierta "piedad condescendiente"). Si algo no era Pedro es lo que se llama un "ortodoxo". Una prueba más de que se puede estar muy cerca de un Maestro y no aprender nada de él. Como la célebre mula del Mariscal de Sajonia que "lo acompañó en mil campañas, pero no aprendió nunca estrategia", según el decir de otro viejo sabio con el que Pedro ya estará polemizando en el otro mundo, o en éste mismo acaso. Vaya uno a saber.

"Corre entre la gente de nuestro pueblo una respuesta admirable a la ordinaria pregunta de "qué tal?" o "cómo va", y es aquella que responde "Se vive...! Y de hecho es así: se vive, vivimos tanto como los demás. ¿Y qué más puede pedirse? ¿Y quién no recuerda lo de la copa? Cada vez que considero/ que me tengo que morir/ tiendo la capa en el suelo y no me haré de dormir". Estas palabras son de don Miguel de Unamuno y se encuentran hacia el final de su ensayo filosófico "Del sentimiento trágico de la vida". Nuestro amigo Pedro González está durmiendo-echado él también sobre su capade desde hace un año, cansado como estaba de haber vivido tanto y con tanta intensidad (aunque nada estruendosa y rimbombante por cierto, sino con la hidalgüa de quien está cierto de haber dado "el buen combate"). Y vaya que uno que combatir! Contra tiros y troyanos, contra propios y extraños, contra retardatarios y apresurados. Y en estos últimos años además, contra la insidia y la mentira burda que busca anatematizarnos (a él y a muchos de sus compañeros de lucha saltaña). En esto, puede Pedro descansar en paz sobre su capa. O más bien—siguiendo con nuestro común amigo Unamuno—"Pero no dormir, no, sino soñar; soñar la vida, ya que la vida es sueño".

UN HOMBRE CON UNA CAUSA

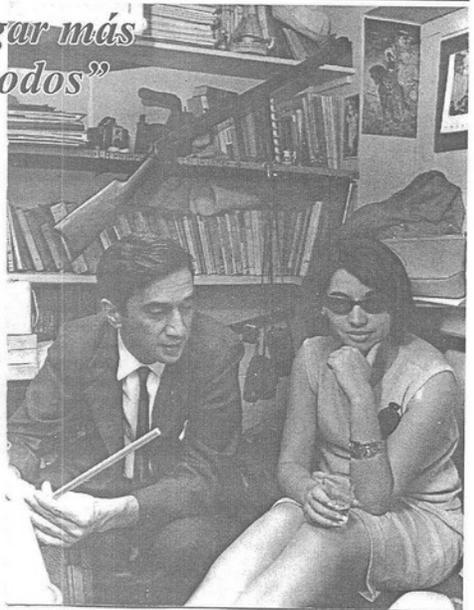
Pedro González es de los que pueden decir —sin mentir y sin ponerse colorado—"Combati en el buen combate, y conservé la fe", aunque no sé muy bien si a este gallego (provocador e intempestivo) le gustaría ser comparado con Pablo de Tarso. Creo que sí, porque en larguísima conversaciones con él —a lo largo de varias décadas, tanto en Buenos Aires como en Salta— me quedó muy en claro su talento filosófico y su fina sensibilidad para con lo religioso. Pedro era un filósofo (sin pasar por la "academia") y un hombre de fe (aunque no cultivase determinadas prácticas exteriores). Ambas cosas quedaron muy claro en el multitudinario almuerzo con que sus amigos y discípulos festejaron en Salta sus 80 años (mayo de 2012). Allí —luego de las palabras de salutación— Pedro tomó el micrófono para agradecer y creo que esa fue su última lección pública de sabiduría política. Si bien era otro momento en Salta y en el país, lo que allí apuntó sirve como legado también para hoy, cinco años después. Es que redondeó un tratado completo de ciencia política, en un sólo párrafo de pocas líneas: "El peronismo —dijo— es una idea de justicia, no de odios y resentimientos, nosotros no venimos a implantar la justicia en el mundo, sino a hacer las cosas un poco mejor, venimos a decir que deterremos las ilusiones pero acá están las esperanzas". O sea que —como al pasar— señaló tres cosas importantes. La primera (en todo sentido): que el norte sigue siendo la Justicia y no otro programa. Segundo, que ésta no se implanta (como en las Cruzadas de cualquier tipo), sino que se construye en la convivencia y en el diálogo ciudadano (mucho más cuando lo que tenemos por delante es un sistema democrático, aun con todas las imperfecciones o virtudes del caso). Y tercero —clave para la prevención de utopías y mesianismos de cualquier tipo— se trata de siempre de mejorar, paso a paso, idea a idea, cosa a cosa, antes que demoler, bajo la excusa de que el otro es irreparable o que es necesario empezar desde cero (estilo "refundacional" absoluto al cual la Argentina le debe no pocas lágrimas). Lo sabía el viejo Marx cuando le criticaba a Schelling la pretensión de "instalarse en un pistoletazo en lo Absoluto" (ahorrándose el largo camino de las contradicciones y las mediaciones dialécticas); lo sabía Lenin, en el debate feroz dentro mismo de la revolución de Octubre (su pregunta

“Hacer de este mundo un lugar más luminoso y habitable para todos”

Fernanda Elisa Bravo Herrera

Cuando conocí a Pedro González, a través de Zulma Palermo, yo estudiaba en la universidad. Parece ayer, como suele decirse, pero han pasado ya más de veinte años. Las coincidencias de la vida, que van tejendo sablamente los lazos y los afectos, hicieron que fuera compañera de su hija Fernanda en algunas materias universitarias y que siguiera las clases de su esposa Yolanda, de Filosofía del Lenguaje, un curso que fue un espacio cordial de reflexión y crecimiento, único y especial por muchas cosas. Pedro recordaba la primera vez que había ido a hablar con él en su oficina de Claves en la galería Buenos Aires, acompañada por mi mamá. Cuando relataba su recuerdo —la última vez fue hace menos de dos años atrás, en su oficina— me gustaba escucharlo porque su descripción era vívida y certera en los trazos y porque Pedro era un gran narrador, sutil, incisivo, claro, de alto vuelo, que atrapaba con sus historias y meditaciones. Me emocionaba percibir que aun recordaba ese momento y que en su memoria retenía todavía las palabras de mi mamá, que se había diferenciado políticamente enseguida de mi papá, presentándose como radical. En este recuerdo está también delineada la apertura, la generosidad de Pedro, su grandeza de ánimo y su voluntad de dialogar y ayudar a todos, con respecto e inteligencia. En la telaraña política —como lo son todos los espacios políticos— Pedro y mi papá se conocían, habían militado en el Partido Justicialista, en distintas listas. Ambos tuvieron siempre palabras de respeto y cariño recíprocas aun cuando no compartieran la misma lista partidaria. Bastaba escuchar hablar a Pedro para entender que cualquier diferencia o coincidencia política no podía manchar la bonhomía, la voluntad de diálogo, la aspiración de conocimiento, en el sentido intelectual y humano, el deseo de ir más allá de cualquier límite y acercarse al otro, respetándolo. Mi papá, por su parte, siempre demostró un gran cariño y respeto por él y apenas recibía Claves la leía y releía, absorbido, con gran interés, hasta casi desahogar, anotando y subrayando artículos, como si en esa lectura se realizara un diálogo silencioso. En ese primer encuentro con Pedro, había hablado con él para preguntarle si le podría interesar, para publicar en Claves, una entrevista al Prof. Hiroto Ueda, de la Universidad de Tokyo, que en esos días estaba dictando en la Universidad Nacional de Salta un curso de posgrado sobre la Dialectometría del español, que yo seguía como asistente. Con su generosidad, su apertura, su inquietud y curiosidad intelectual, Pedro me animó a realizar la entrevista, dándome algunos consejos, a enviarme el artículo y luego lo publicó en el número de agosto de 1996 con la fotografía que le pasé, en el máximo respeto, con total confianza. Ese número llegó a Japón y el Prof. Ueda escribió una carta —que luego fue publicada en Claves— elogiando la calidad de la revista y agradeciendo la entrevista. Esa fue mi primera publicación —y no sólo en Claves—, la primera demostración de confianza que recibí y que debo a Pedro, el inicio de muchos espacios más que me abrió para que escribiera, con completa libertad, pero con profundo compromiso.

Pedro no solamente recibía las propuestas que le presentaba para Claves, atendiendo mis intereses del momento o mis sostenidas obsesiones en el tiempo, apoyándolas y cultivándolas, sino que incluso me presentaba, como un maestro que guía y que enseña a mirar y observar el mundo, otras cuestiones para pensar, no sólo referidas a los libros sino a lo que acontecía en las dos orillas del Atlántico. Era un Ulises sediento de conocimiento y sabiduría, como el que propone Dante en la Divina Comedia. Y creo que esa imagen la hubiera gustado. En sus charlas podía discurrir con soltura y profundidad sobre muchos temas, lecturas de libros recién publicados, de clásicos que aconsejaba leer o releer bajo otra mirada, anécdotas de su juventud y de su niñez, observaciones agudas de la situación política no sólo local, momentos de la historia, reflexiones más allá de las contingencias. Su conversación, fluida y penetrante, abría mundos, incentivaba a aprender, corría y desdibujaba confines, permitía dudar de lo que parecía inamovible, acercaba cuestiones que parecían abandonadas y olvidadas, movilizaba, era plena de humor y de alegría por la vida. Muchas de sus reflexiones anticipaban o retomaban la columna que publicaba bajo el nombre de Santiago Rebollo o las reseñas de las novedades bibliográficas que aparecían en Claves. Hojear y releer cualquier número de Claves es aproximarse mínimamente al universo intelectual y vital de Pedro, (des)andar un recorrido histórico con sus preocupaciones y con los oficios que el tiempo acarrió. Es, sobre todo, reconocer en esa pluralidad de voces, en la diversidad de lecturas y artículos, en la variedad de temáticas y puntos de vista no sólo un estado de sociedad sino también la apertura de Pedro, su generosidad al dar espacios, al dar la palabra a todos, respetando diferencias. No sé si Pedro hubiera estado de acuerdo con la frase que se atribuye erróneamente a Voltaire, pero cuya autoría es de Evelyn Beatrice Hall en *The friends of Voltaire* (1906), “I disapprove of what you say, but I will defend to the death your right to say it” (“Estoy en desacuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo”), pero es la que creo que sintetiza esa actitud de Pedro cuando releo números de Claves, y me confirmo que esa



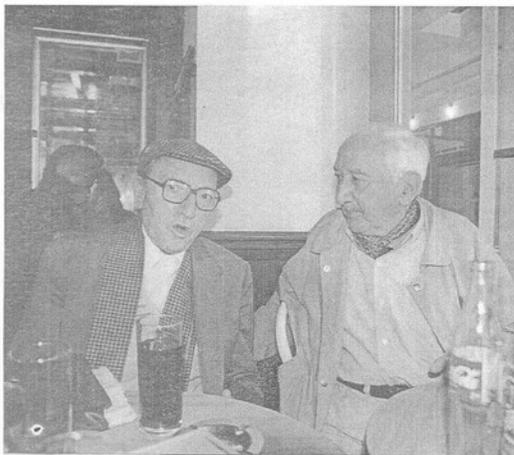
era también su manera de comprender y hacer un “periodismo independiente”. Su libertad de pensamiento daba libertad de pensamiento y palabra, daba espacio y daba oídos para el diálogo. Esto, sin embargo, no significaba que se amoldara a las circunstancias o que se doblegara a la voz del más fuerte. Al contrario: sus convicciones eran claras y eran principios que aspiraban poder hacer de “este mundo un lugar más luminoso y habitable para todos”, y estas palabras que cito son el buen augurio, lleno de cariño, que Yolanda y Pedro nos regalaban cuando Alessandro y yo nos casamos y que bien sintetizan su utopía y el eje de su vida. Pedro, en sus actos, en sus charlas, en su generosidad, en sus reflexiones, en el espacio abierto de Claves buscaba hacer, justamente, “de este mundo un lugar más luminoso y habitable para todos” y es así como me gusta recordarlo, un Quijote mucho más sabio y más cuerdo pero un luchador incansable, agudo intelectual, generoso y de corazón grande, un gigante bueno, de altura, en un mundo a veces demasiado lleno de mezquindades y limitaciones.

Antes de escribir estas palabras he releído todos los correos electrónicos de Pedro que conservo en mi bandeja de entrada, como una forma de “escucharlo”, de recuperar los discursos y las charlas. Me asombra descubrir, pasados todos estos años, cómo se anticipó muchas veces a la situación política europea, cómo sus lecturas no se destiñen ni se debilitan con el paso del tiempo, cómo revelan la agudeza de su análisis político, su sabiduría e inteligencia al leer los signos de la historia y de esta humanidad sufrida y, a veces, lamentablemente, demasiado deshumana. Esta sensibilidad lo hacía estar atento a este mundo y su capacidad de análisis y reflexión ponía en diálogo varios tiempos y situaciones, libros y lecturas, recuerdos y discursos, nada parecía pasar por su vida sin dejar su huella, sin que él supiera recibir lo bueno y aprender con su curiosidad y su atención siempre bien dispuesta.

Mi recuerdo de Pedro está lleno de afecto y gratitud, por su prodigalidad y también porque supo ser, a su forma, un maestro y una guía inteligente y delicada. Los números de Claves que custodio, con alegría y nostalgia a la vez, desde ese primer encuentro, son la memoria de un gran hombre, de un intelectual que dejó abiertas puertas, que tendió manos, que cruzó puentes y los construyó, que pensó la historia y la protagonizó, que imaginó un mundo mejor y que lo hizo posible en sus charlas, en su bondad, en su inteligencia, en su sentido del humor, en su trabajo, en su compromiso, en su delicadeza y discreción, en la amistad que me ofreció generosamente.

Por esto, y con todo nuestro cariño —el de mi papá, el de Alessandro y el mío—, muchas gracias por todo, Pedro. Y un fuerte abrazo a Yolanda, Fernanda y Alejandra.

23 de febrero de 2017



Pedro y Jacobo Regen

La conjunción de estos dos términos, Vida y Poesía, nos remite a un proyecto, a la fusión de dos cuestiones inconfundibles. También nos pone en la vía de búsqueda de cierta decencia, cierta virtud. En los grandes poetas se da como un proyecto ético, que se realiza sin preámbulos. Se realiza en los héroes de la política porque con ellos se atan y desatan las cuerdas que sostienen una Nación y son la guía de un Pueblo. Hay generaciones que lo han intentado todo y es uno de estos linajes a la que pertenece la vida y la obra de Pedro González.

Conocí a Don Pedro en su oficina de la Galería Buenos Aires apenas comenzado el siglo XXI. Ya el tiempo y la realización de la obra política de Pedro habían dejado de ser efectivos. Se dedicaba a la pedagogía, editaba Claves. En sus páginas reunía misceláneas históricas, escritos políticos, ensayos académicos, entrevistas a poetas y escritores del norte argentino, publicaba poesía, mucha poesía. Me ofreció colaborar. Me entregué con pasión a darle contenido al periódico.

Mientras Claves, sin proponérselo, se acercaba al centro de la gravedad literaria saltaba, por peso propio más que por decisión de su editor, Pedro permitió que ejerciera un procedimiento expresivo en notas que llamé ensayos. Aquellos eran textos recargados de intuiciones, emplazados entre observaciones intempestivas y curiosas interpretaciones hiladas con cierto arte en la combinatoria y el disfraz de opiniones ajenas. Es decir, que a una improvisación descarada e irresponsable, él la hizo responsable y moderada. Entregué textos extraños en un estilo irreverente que él no compartía pero alentaba, no tanto a la irreverencia como a que siguiera en la práctica de la escritura. Si con Claves tuvo algún plan en relación a mi escritura pienso que, serenamente, me condujo a que no cayera en la complacencia habitual del escritor de provincias.

Por más de quince años frecuenté su compañía. Escuché atento su conversación de doctrina. Su conocimiento de la Historia y la Poesía hacían del diálogo un sistema afable de ironías, erudición y corrosiva gravedad moral. A su mesa del Bar Tobías se daban cita en torno a su amable e inteligente conversación, intelectuales y políticos, yo concurría como invitado a esas tertulias, aquello fue un privilegio. Defender el peronismo de la mordacidad de los presentes era su especialidad, emocionarse con el recuerdo de unos versos de Martí o Lugones era la culminación de una digresión literaria de la que todos salíamos maravillados y mejorados. ¡Que la leyenda y la inconsistencia del periodismo nos preserven a Pedro de la exposición y de la injusticia de los medios! No creo oportuno la exaltación en metáforas sentimentales para hablar de Pedro González. No quiero faltarle el respeto cosificándolo en la polvosa galería de personajes saltados, el ruinoso corredor que oculta bajo engañosos panegíricos el método de un intelectual y la acción de un militante político-cultural. Porque así es como yo lo vi. Así es como sentí la compañía de este hombre cuyo pensamiento no divagaba y que buscó provocar en el otro un acto y una idea útil.

Siempre me decía que estaba relejendo a Nietzsche. Yo le decía que releía a Joyce. Tenía una forma muy interesante de leer a Joyce, leía en su prosa una forma de revertir la situación colonial en el lenguaje, un incierto humanismo y una formidable operación enciclopédica para conservar belleza. Don Pedro me permitió publicar una traducción de Chamber Music y algún artículo sobre el ardid joyceano. Valoraba las palabras de Stephen

Vida y

Alejandro

al final del "Retrato del artista adolescente": "Voy a forjar en la fragua de mi alma el espíritu increado de mi raza... con silencio, destierro y astucia...". La juzgaba una fórmula posible para pensar la literatura. Nunca pude advertirle del fragmento de Engels sobre el porvenir revolucionario irlandés, que quizás descansaba en la vieja lengua campesina que parodia a Shakespeare con católica mansedumbre. Cuando encontré la cita, Pedro ya no aparecía por el bar.

¿La Odisea enmascarada tras una jornada intrascendente en Dublín, o una jornada intrascendente enmascarada como una odisea? ¿Cuál preferimos, el Joyce lírico o el satírico?

Fue en Tobías donde conocí a Joaquín Giannuzzi. Don Pedro bebía su habitual fernet con soda que Daniel, al final de los años, le servía sin preguntar. Joaquín sorbía despaçosamente un Gancia, inmediatamente me pidió que no tuviera escrúpulos en la conversación. Aquellos encuentros fueron fabulosos. Las reuniones no podían ser más entretenidas, sólo se hablaba de Historia y Poesía. Un comentario al pasar, alguna observación pueril disparaba la charla. Joaquín reducía todo a literatura. Nos encontrábamos a media mañana en el bar del hotel Regidor. Si la conversación estaba entretenida podíamos pasar a Tobías o continuar en algún restaurante. La agudeza y la memoria se dispensaban con azarosa y elegante destreza. Joaquín citaba a Dante y al terminar decía no saber nada de italiano. Pedro, que tampoco conocía la lengua, lo corregía amorosamente. También citaban en francés. Compartían el cinismo porteño, la erudición y el peronismo. En esa mesa aprendí, finalmente, el trato que debe dispensarse al poeta. Pedro acompañó a Joaquín en las noches aciagas de la terapia intensiva. Se referían con sentida emoción a Libertad Demitropulos.

Don Pedro fue seguidor de San Lorenzo, afición que nunca comprendí y atribuí a su cultura ciudadana. Había algo ahí en esa adhesión que era como una opción por los pobres, de mucho orgullo. Jorge Bergoglio, también la comparte, curioso es que ambos personajes se conocieron en las visitas del cura a Salta. La llegada al papado del jesuita reconfortó a Don Pedro, de alguna manera supo que la conducción política del Pueblo de su Nación estaba garantizada. Fue testigo del ascenso y el posterior declive de Fidel Castro. Del retorno de Perón. Celebró la llegada del Chavismo. De Evo, de Pepe Mujica. Recomendaba releer la Carta de Jamaica, de Bolívar. Cifrabá el futuro en algunas claves literarias y políticas. Nunca pude saber si fue discípulo de Leonardo Castellani. La tradición en él se daba como algo puro, eso quiero decir.

La sensibilidad para la belleza y para percibir el dolor del Pueblo lo afectaba desde joven. Todo parece indicar que en algún momento de su juventud fue alumno de abogacía y también de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Como jugador de ajedrez frecuentaba el Café Rex, el mismo del que fuera habitué Witold Gombrowicz. Se crió entre inmigrantes españoles. En la carnesta se educó en el seno de una generación que luchó y condujo a las multitudes. A veces, haciendo un alto en la conversación, y si tenía que subrayar una anécdota de sus tíos o unos versos castizos, decía, "las virtudes son de la clase y los defectos del sistema". Había mucha picardía en su mirada a pesar de ser un hombre que comprendía muy bien la naturaleza del Poder. Había temas referidos a la suerte política de la Nación que trataba con reserva. Tenía un seudónimo para su columna de opinión dentro del periódico, Santiago Rebollo, quien anotaba cosas como estas en diciembre de 2001: "La Nación es un proyecto de vida en común, no una factoría para enriquecer a los menos. El trabajo va a ser difícil y no está garantizado por el éxito, pero es el único camino posible. "Crear, he allí toda la magia de la vida", decía Raúl Scalabrini Ortiz, a quién no podemos dejar de invocar en esta dura hora de los argentinos".

Citaba a Luis Franco, hablaba de un "puro nosotros".

No creo ser la persona indicada para hablar de la amistad de Pedro González con J. Armando Caro y Francisco Álvarez Leguizamón. Sólo puedo dar fe que la mesa del bar donde se sentaba Pedro, estaba presidida por los fantasmas de sus amigos. Muy rara vez,

Poesía

Morandini

y hacia al atardecer, cuando el peso de los recuerdos y de la memoria literaria se diluía en vinos lentos, frases aisladas o simples ausencias o cuando ya el corazón se quedaba mudo, hastiado de versos, Pedro se lamentaba, decía, de lo único que me lamenta en esta vida es no haber llegado a ser alguien tan bueno como Jacobo Regen.

El último autor del que hablamos fue César Aira. Creo que a Don Pedro le fascinó el humor y la inventiva, la prodigiosa habilidad para tejer historias y darle voz propia a sus personajes. No llegó a leer a Bob Chow. Sin prejuicios, Don Pedro podía absorber y gozar de la buena literatura así la escribiera un autor ubicado en el otro extremo de sus ideas políticas. Por quién no sentía mucho aprecio era por Fogwill. Lo entiendo, a mí aún hoy me cuesta digerirlo. De los poetas tenía un panorama amplio y, si bien sus gustos eran por los de lengua castellana de siglos pasados, estaba al tanto y alentaba la lectura de los escritores contemporáneos. Admiraba a Cucurto y a Rubio, por ejemplo. Tenía aversión por los surrealistas, principalmente por Bretón. No me equivoco si digo que su última lectura intensa de autor fue Bolaño, tenía sus simpatías por la tropa de los visceralistas. Leía en esa literatura el contraste violento de lo real sobre el ya bochornoso realismo mágico. Detrás de su pasión por la poesía se escondía un respeto por la lengua y el pasado. Creo que siempre tuvo preferencias por lo clásico. Veía con escepticismo el futuro, -¿quién no!- Confiaba en el amor por la lengua. Sin dudas Aira y Saer le resultaban más interesantes que Piglia. Entiendo que para Pedro, vanguardia siempre fue Roberto Arlt. La última artista que admiró en Salta fue a Lucrecia Martel por su obra visual y sonora. Conocía algunas anécdotas del Colorado Ramos en el exilio boliviano; cierta vez me recomendó un ensayo sobre la función del aji en la cocina andina escrito por Don Jorge Abelardo. Perseguido durante el Proceso, se reunió con jерarcas de la dictadura para pedir por la libertad de la ex presidenta. Conoció a John William Cooke y a su legendaria esposa, Alicia Eguren. Estuvo detenido por la causa que resultó de la caída del EGP en el monte oranense, la fracasada experiencia guerrillera no contó con su simpatía y se enfadó con el libro de Gabriel Rot que lo involucraba. Tengo para mí que la experiencia del EGP incluso en su negatividad y con el tiempo, habría que juzgarla como necesaria. Alguna vez me preguntó si me habían pintado los dedos, le dije la verdad, nunca. Desconfiaba de los periodistas salteños, tenía la sospecha de que algunos eran informantes, yo compartía y comparto esa inquietud. Fue asesor del exgobernador Hernán Cornejo. Se reunió con Perón varias veces. Estuvo en Puerta de Hierro. Trajo al país las famosas cintas que rodara Pino Solanas en sus entrevistas con el líder exiliado. Estaba en la Quinta de Olivos cuando falleció Perón.

Alguna vez Teuco Castilla me dijo que leyó poemas de Pedro González, que hasta donde sé, se mantienen inéditos. Me dijo que eran buenos. No tengo dudas que deben ser muy buenos. Sé que durante un tiempo fue deseo de Pedro que Gregorio Caro Figueroa escribiera una Historia Social de Salta, y pensó que quizás yo podría retomar la idea de escribir una Historia del Movimiento Obrero Salteño. Me pidió durante años una biografía del dirigente sindical y ex vicegobernador de la provincia, Olivio Ríos. No cumplí con su pedido. Compartiamos el mismo gusto por la literatura boliviana. Por él conocí a Franz Tamayo, y tuve la dicha de sorprenderlo con Jaime Sáenz. Decía que no había que entregar el legado de Sarmiento a los liberales; era, por supuesto, antimilitarista. Admiró a Borges, se divertía con su antiperonismo, consideraba que la madre de Borges era la auténtica traductora de muchas obras que Borges firmó como propias.

El poeta nace cuando el sujeto se da cuenta de que la lengua y con ella todas las cosas humanas están en peligro y decide que sus versos vendrán a recomponer el sentido de la vida. Esa parece haber sido la prosodia heroica elegida por Pedro, y es lo que yo sentía a su lado. Por él conocí una extraña traducción de Macbeth hecha por León Felipe. Ahora que invoco la prosodia heroica y a Felipe, hacia el final de esta semblanza hecha de anécdotas y nombres propios que en larga metonimia se hilaron para comprensión de una vida, y que con torpeza o tristeza terminará afectado por aquella misma vieja inquietud de saber si esta vida aquí reseñada, no es más que otro cuento contado por un idiota lleno de furia y estrépto.

Pedro, el amigo de siempre



Daniel López

Pedro González, mi amigo Pedro, su espíritu crítico florecía en sus conversaciones, su ácido humor, que podríamos denominar "humor crítico", método del cual debemos aprender mucho lo que lo que conocíamos y frecuentábamos, porque es una verdadera herramienta del conocer y del debatir, que acompaña novedosamente la epistemología de la calle.

Un verdadero método de no complacencia y de rigurosidad (aunque no lo creamos), para la orientación del interlocutor en sus juicios o afirmaciones, en es el caso de quien habla.

Después de unos minutos, y con esa bonhomía crítica. Pedro escuchaba a su interlocutor y allí comenzaba a celebrarse un encuentro, el encuentro del que quiere aportar, o mejor dicho colaborar humildemente con su opinión, con la rigurosidad del conocimiento y la vastedad de información que poseía y brindaba con la calidez de un hombre de bien, invadiendo en esta experiencia del diálogo una memoria superlativa que alcanzaba casi todos los rincones de la política, en mi caso de la historia de nuestra América. Era notable, realmente notable.

Por ello, su pensamiento político dominaba la conversación histórica de nuestros pueblos haciéndose presente, comprometido siempre con una causa sensatamente popular e históricamente criteriosa, se abrían puertas teóricas y empíricas que atravesaban nuestro pasado, no había sombras ni censuras, pero en los intersticios de su enorme conocimiento llegaba el acontecimiento de expresar nuestros modos de parecer, nuestros análisis. Pedro era un "escuchador interminable", también.

Decir que se "la sabía todas" es una verdad de perogrullo, pero se acercaba mucho a la vastedad del goce del saber, pero por sobre todo con el "humor crítico", sin ofensas ni subestimaciones para el interlocutor, ello estimulaba las charlas, en el cafetín o en la oficina de su revista. El tiempo era su linaje y su identidad, todo el tiempo para debatir; poniendo su tiempo a nuestra disposición.

Su oficina de CLAVES, era como que estaba siempre esperando, a que se abriera la puerta, para recibir al amigo y tímidamente, porque era tímido pero atento, se satisfacía esperando a los amigos, esperaba el saludo y allí nacía la cordialidad del que quiere avanzar sobre el análisis vehemente de la realidad y sus consecuencias. Él era como un remanso de ideas, uno se sentía libre, pero cuidando de no decir "macanas", más allá de las que se imponían en toda charla coloquial. No por casualidad su lugar, su ágora, estaba en el centro de la ciudad; entonces siempre sabíamos que allí estaba un escenario intelectual político, de alta excelencia, sin embargo no lo esperaba como académicos, artistas, o políticos, esperaba amigos, nos sentíamos en casa, nos hacía sentir en casa, para desatar y destratar a la realidad políticamente "correcta", desde abordajes imprevisibles pero cargados de solidez teórica y empírica, con sus interrogantes del futuro, preguntándonos sobre el pasado con nuestras experiencias y en nuestras lecturas. Del cual sabía y mucho.

Así fue el último Pedro González, fluyente de conocimiento, de amistad y de calidez. Abriendo las puertas de su revista para todo aquel que desde la poesía, el ensayo, o el análisis quisiera expresarse y entonces nos dijera: este espacio es de Uds., aprovechenlo.

Lo conocí hace muchos años, allá por el 70 y pico, llegando a Salta y cabe decir que siempre fue el mismo, solidario y afectuoso, desde aquel momento no hubo cambios en sus perspectivas y actitudes de vida, con coherencia educadora en lo existencial y en lo humanístico, aceptaba las mismas inquietudes y muchas veces desde otro lugar intelectual político, ello nos enriquecía, no solo el político, sino en la intuición que existía para nuestra América otro lenguaje, otras saberes, y otros destinos. Llegando a Salta descubrir a alguien que yo esperaba y quería encontrar; siempre pero siempre, estuvo y estaba allí en su lugar de acogida y comprensión, con sana altivez y caballerosidad, sin sobraltos ni ansiedades, con su parecer y como dije con su humor crítico, que muy difícil abandonaba, pero que movilizaba un pensamiento crítico que nos inquietaba para hacernos despertar y que uno por allí tenía dormido o quería dormir.

Pedro querido, sos un ejemplo de amistad y compañerismo, los vientos de la vida muchas veces me llevan a pensar en vos, incluso con vos. Gracias por todo.

En memoria de un testigo implicado



Zulma Palermo

productos culturales buscando cada cual su público; reconstrucción de la historia y de los personajes que le fueron dando forma, algunos bien al margen de los relatos institucionalizados y sin necesidad de discutir siempre con ellos; puesta en crisis de los acontecimientos del presente sostenida por intensas reflexiones y agudas críticas sobre hechos del pasado que invitan a imaginar rumbos de mejor futuro. Todo ello es significativo de una concepción centrada en los males del presente y a la vez abierta al curso de la historia, puesto el foco en el propio territorio, pero ampliando el objetivo en modo panorámico para observar críticamente la región, el país y, desde allí, el mundo.

Reabro otra vez las páginas del mensuario, ahora en orden cronológico y, entre las múltiples ofertas de lectura que me ofrecen, me detengo en las que mejor exhiben el legado de su Editor, que empieza a tomar forma al mediar el año de comienzos, bajo el seudónimo de Santiago Rebellero. Curiosa elección que tal vez reúna dos de sus facetas más definitorias: el sentido del humor con el que matizaba sus coloquios en la sonoridad y el sentido del "rebollo", y la marca fuerte de su filiación hispana –pues remite a algún oscuro antepasado– que esgrime con firmeza y cierto orgullo. Hispanidad que tenía también nuestras polémicas ante lo que entendía una defensa de los "indigenismos" y mi constante crítica a la colonialidad que nos controla. Sin embargo –y he aquí una inequívoca demostración de su apertura– al revisar mi participación en el mensuario (y no sólo en ellas) encuentro en todo su trayecto un ejercicio abiertamente crítico a la colonialidad y a sus orígenes.

Las editoriales dan cuenta, al mismo tiempo, de las vicisitudes políticas de la provincia y del país y del paso del propio lugar de enunciación que quedan señaladas en sus titulaciones: de "Balconando el justicialismo" durante las casi dos primeras décadas, a la necesidad de observar el panorama ampliado según lo indica la reducción léxica, pero no semántica, en el solo "Balconando..."; asumida desde el primer número del 2000. Los conflictos intestinos del partido de su militancia y el posicionamiento que asumiera son testimonios en la primera etapa, tanto como las duras experiencias que el país atravesara desde el retorno a la democracia. Más allá de ello, lo que vale destacar es la constancia y coherencia sostenidas en el deseo de generar para nosotros el valor de una cultura política por encima de las acciones –siempre muy mezquinas– emergentes de las diferencias partidarias que sólo llevan a la pérdida de todo horizonte para el país en su conjunto. Sería necesario para eso evitar actitudes negativas buscando "una convivencia más democrática, que no significa, por supuesto, uniformidad de ideas, sino una capacidad de integrar la necesaria crítica a una práctica que nos permita adquirir la cultura política que necesitamos" (N° 194, octubre/2010).

Ese posicionamiento se alimenta en una erudición autodidacta concentrada en fuentes europeas de la más diversa procedencia, en todos los géneros escriturarios y de muy diversas épocas, lo que no impide alguna recurrencia a textos ajenos a ese origen. Lector incansable y siempre insatisfecho, se vuelve un escritor con un particular estilo que, en tono serio, indaga en los adentros de la identidad (¿o des-identidad?) política de los argentinos. Todo eso es lo que podemos leer en la constante crítica a los acontecimientos de su tiempo y que resultan ser señalamientos válidos para lo que acontece en estos días. En el N° 93 de setiembre del 2000 interpellaba:

"Los argentinos queremos saber por qué en estos primeros diez años de ingreso al "primer mundo" de supuesto bienestar, los hospitales, las escuelas, es decir, la salud pública y la educación se han deteriorado. Los argentinos queremos saber por qué la distribución del ingreso ha aumentado las desigualdades, a pesar de los avances tecnológicos ocurridos en el mundo. Los argentinos queremos saber por qué hay ciudadanos de segunda que viven en las "provincias pobres", y otros de primera, que tienen acceso al bienestar y la cultura..."

Se dirige así a congresistas nacionales de su línea partidaria los que, reclamando desde sus posiciones en las respectivas bancas, se limitan a pronunciar discursos elocuentes por lo que señala: "si no se sigue el camino hasta el final, uno se convierte en cómplice de la moralina mediática y, en vez de ser Hamlet, se transforma en "buchón". Es con este tono y con estas recurrencias que toman forma todos sus escritos apelando no sólo a la conciencia de los que nos gobiernan, sino a todos los que nos involucramos políticamente en nuestros gestos cotidianos.

No puedo cerrar el recorrido sino repitiendo algunas de sus últimas palabras:

"Creemos que estos casi 25 años que CLAVES ha recorrido con la provincia y la región, cierran un período de nuestra historia y se abre una perspectiva distinta para el tratamiento de los desafíos que hasta ahora hemos encarado. El esfuerzo hecho debe ser proseguido, quizá con nuevas herramientas, más útiles para contribuir a los intentos de solucionar el aquí y el ahora."

Esta vez es la voz del Director y no la de Santiago Rebellero, la que formula, al mismo tiempo, una despedida y un legado. Conciencia de un tiempo que termina y convicción de que todo fin trae consigo un recomienzo. Son los nuevos hombres y mujeres de estos días quienes deberán asumir la responsabilidad de erigir la palabra y de inscribir sus nombres de testimoniantes implicados en la crónica de este conflictivo siglo.

Es difícil, si no imposible, definir a un hombre en una frase; a pesar de ello me atrevo a afirmar que Pedro González fue un hombre de su país y de su siglo, de los que pudo dar un testimonio militante.

Escribo estas líneas con particular entusiasmo y, a la vez, con temor. Me entusiasma el impulso que me significa traer nuevamente a la presencia el rostro, la mirada de Pedro González; me amedrenta saber que cualesquiera sean las palabras con las que pueda llenar la escritura, nunca alcanzarán a expresar lo que esa persona –ya hecha personaje de nuestro lugar y nuestro tiempo– fue, hizo y enseñó a ser durante las extendidas décadas que estuvo entre nosotros.

Pensar a la persona, recorrer hacia atrás el trayecto que separa su muerte física de su incansable y persistente darse a buscar respuestas para todos, para el país, para los que quedamos todavía habitando este mundo, es tarea grande. Sin embargo, es bueno y necesario inscribir su sentido de la rebeldía, de su insomnación, para quienes –hoy y después– no tuvieron ni tendrán a su alcance el magisterio de su amistad y su palabra.

Escribí en el encabezado de estas páginas que lo hago mirando una faceta suya, ésta de haber sido testigo de un tiempo sobresaltado, pero no un testigo mudo sino alguien que esgrimió una postura crítica implacable sin dudas, sin hesitaciones, en las gestas políticas a favor del pueblo que atravesaron el país y el mundo durante el transcurso del siglo XX y lo que transitó del caótico XXI.

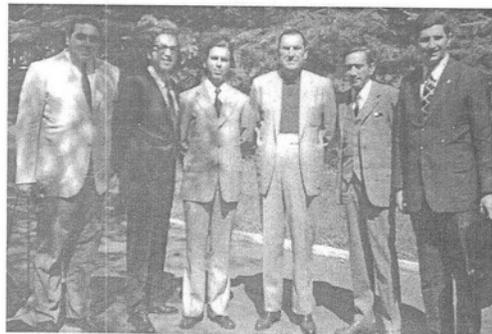
Más allá –y más acá– de los encuentros personales en los que nuestros diálogos se alimentaban a cada frase con el sabor de la ironía que nos servía para velar decepciones y fracasos –disfrutes éstos en el espacio privado que desaparecerán con mi escasa vida– están las páginas que, como testimoniantes, quedan grabadas en el emprendimiento que ve –y sigue siendo– su muy entrañable hijo "del espíritu" (tal lo decía Unamuno), la Revista Claves. Sólo una mente lúcida y una determinación sin restricciones en medio de los avatares a los que nos vimos sometidos los argentinos en el tiempo largo, han podido dar curso sostenido a este mensuario cuya primera tirada nos llegó allá por febrero del '92 y que no apagó su voz sino hasta diciembre del 2015, poco tiempo antes de que su inventor-director-sostenedor se silenciera.

Recorro ahora, una vez más, sus páginas y constato el valor político y ético de una apuesta única para nuestro lugar todavía provinciano, sostenidas en un programa cada vez más claramente extendido a la apertura de muchísimas miradas, sin perder la coherencia y el compromiso con una ideología: la construcción de un común que nos diera identidad y autonomía como pueblo, como ciudadanía. En el primer número del '94, El Director firma una "Carta a los lectores" en la que declara: "Nada de lo que hace un hombre le pertenece por entero. CLAVES es una obra común" que se quiere democrática; "si la palabra "democrática" no anduviera en tantas bocas, diríamos que el primer propósito, la participación democrática de distintos sectores de nuestra vida pública fue conseguido". Con esta autoevaluación se confirmaba lo que muchos de sus lectores advertíamos: Claves fue desde su aparición, pero cada vez más marcadamente, un espacio libre donde se iban desplegando en simultáneo el pensamiento crítico y la imaginación creativa.

Cada una de las entregas que fuimos después recibiendo informa sobre esa progresiva construcción que va de un declarado lugar partidario a la asociación de la pluralidad de posiciones en la unidad del espacio compartido: firmas heterogéneas en las colaboraciones en una trama de opiniones que dicen desde lugares partidarios de distinta pertenencia; multiplicidad de miradas indagantes en las ciencias y las artes; circulación de

Se nos fue, Pedro, en el Bicentenario de la Independencia (2016)

Martín Miguel Güemes Arruabarrena

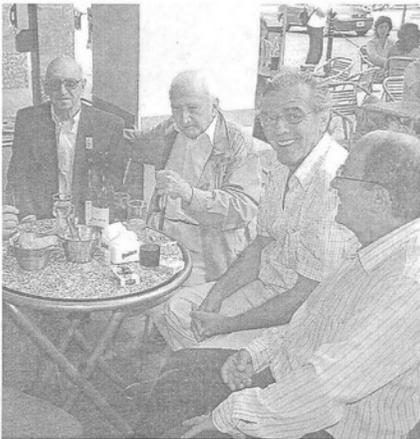


el peronismo en 1955, y 1976.

Hay algo que no quiero dejar pasar: en muchas conversaciones, Pedro me habló de la necesidad de repensar el liberalismo, de superar la versión nacionalista sobre su presencia en la vida nacional. De rever el estigma cosmopolita e internacionalista de este pensamiento libertario, mal traducido por los liberales exóticos, en la vida política del País de los Argentinos. Insistía, e insistíamos, en comprender la versión nacional, de muchos contemporáneos auténticos (Roque Sáenz Peña, Hipólito Yrigoyen, ¿el Perón de la "Vuelta" ? entre otros). Mucho hablamos de la importancia de rescatar el pensamiento liberal de nuestros Libertadores, de San Martín, Belgrano, Güemes, Pueyrredón, para quienes la Libertad era inescindible de la Independencia. La libertad era una bandera popular. En este sentido, la "Despedida de Washington" al Pueblo Norteamericano, traducida por Belgrano y Joseph Redhead antes de la Batalla de Salta, es una puerta que se abre a la comprensión de nuestra historia. Así lo entendí también, el poeta cubano José Martí, en su libro: "Bolívar, San Martín y Washington". No pude conversar con Pedro, escribir en Claves, todo lo que fui rescatando de este pensamiento liberal argentino. Si logro hacerlo, es a instancia de la inteligencia del Director de Claves. Quien, seguramente se enojaría conmigo, por alabar su persona. Pues era humilde, y sencillo, como un paisano de aquí, o de España, de donde habían partido sus ancestros. No puedo negar, que entre la España oscurantista, y la de la rabia y de la idea, Pedro no dudó en pertenecer a esta, en abrazar la causa de la república. Me refiero, desde el revisionismo histórico en relación a la guerra civil española. Y entre la Argentina reaccionaria o progresista, siempre fue un nacional. La Tercera Posición creada, esbozada, y proyectada por Perón, era una vitalidad esencial en su alma criolla.

Lo cierto, es que te fuiste furtivamente, con paso cansado y triste, como parte inseparable de estos tiempos. Tan poco generosos, tan mezquinos, tan plagados de incertidumbres. Estoy velando tu ausencia, ya nostálgico por días que no volverán. Por algo, Atahualpa Yupanqui decía: " el amigo es uno mismo, en otro cuero". En este Diciembre, comenzando el verano ya floreciente en nuestra Salta, te pensaré en la Navidad, en el pesebre de los desamparados. Y cuando el verano se estremezca con el viento y la lluvia, y el olor a pasto mojado brote de la tierra, esperaré el otoño, para pensarte y sentir tus sugerencias, tus consejos, tu tranquila actitud de amigo generoso, prodigo en afectos. También estarás presente, en la copa espumante de cada año nuevo, recogiendo en el pan dulce de la familia, tu fe en la Patria, en nuestra tierra. Y en cada asado de amigos, nos faltará tu sana ironía, tu chispeante actitud de buscador de huellas perdidas. Entonces, volveremos a recoger Claves, para pensar nuestra peregrinación por esta vida. Hasta siempre, querido compatriota, compañero, maestro y amigo, que en paz descanses. Mi Cristo roto te acompaña en la Cuaresma, camino a la Resurrección. " Creer, he allí todo el arte de la vida", eso nos enseñaste don Pedro González.

don Pedro González.



"Nos vemos a las doce". La cita siempre era en el bar Tobías donde Dani, noble anfitrión, desde el mostrador anunciaba: "Pedrito acaba de pasar. Dice que lo esperen". O bien Carlitos desde su altar de lustrabotas: "Está lloviendo mucho, no creo que venga don Pedrito".

Pero sí, venía. Escorado sobre el bastón, la mirada irónica y tierna y filosa la sonrisa. Lo esperábamos sus amigos: Miguel Angel Pérez, el Duro Chermulas, Leo Svarzman, Armando Portal, Gori Caro, Guaira Castilla, Luis Leguizamón, Anibal Alfaro, Patricio Jiménez, José García Bes, y cuando volvíamos Santiago Sylvester, Mariano Cornejo, Francisco Ruiz y yo, Carlos Roberto Aranda y Luis Víctor Outes de vez en cuando... y sigue la lista.

Una mesa vacunada contra cualquier solemnidad donde los temas recurrentes eran la poesía, la cultura en la que todos éramos un solo coro y la política en la que Pedro era un fogueado esgrimista entre los contentillos que adherían a distintas banderías.

"Yo lo que más quisiera es ser obispo del Asilo León XIII", decía Pedro, cuyo sentido del humor no lo hacía renunciar a una fe de fondo que no había perdido en el transcurso de sus navegaciones por el pensamiento y la historia de todas las épocas.

Y el otro tema era Claves, su revista en la que durante 24 años había dado pelea porque Salta tuviera una tribuna donde pudieran expresarse las corrientes estéticas, la poesía, la literatura en sus otros géneros, la historia, las artes plásticas, la antropología, el ensayo social y científico, etc.

Y la hizo a pulmón. Año tras año. Con el apoyo de algunos amigos que le daban avisos, con las suscripciones que siempre, como las ventas, fueron más que escasas y, sobre todo con el apoyo imbatible de su mujer Yolanda Fernández Acevedo.

Claves fue una proeza cultural en nuestra provincia donde- salvo excepciones que las hay- por una molicie inexplicable hija en muchos casos de una pereza intelectual y en otras por un interés avieso, el debate creativo e inteligente sobre el presente y el futuro de nuestra sociedad no encuentra sino pequeños y aislados cauces de expresión.

Claves sin renunciar a su perfil peronista ("no soy yo, es ese Rebollero el que mete la pata", diría Pedrito refiriéndose a su heterónimo columnista) abrió, sin confrontaciones visibles, el juego a la diversidad de opiniones.

Esa persistencia, esa convicción puesta por él y ese esfuerzo casi solitario se inscribe sin lugar a dudas como un hito en la memoria cultural de Salta.

No pocas veces hablamos con Pedro de extraer, separándonos por temáticas, los artículos de Claves y hacer una suerte de biblioteca de la revista con un tomo de ensayos históricos, otros sobre literatura, política, antropología, filosofía etc. Sobre este punto - permítaseme el paréntesis-alguna vez, siendo asesor de Julio San Millán en el Senado de la Nación, pergeñé un proyecto de

Pedrito

Leopoldo "Teuco" Castilla

comunicación al Poder Ejecutivo, aprobado por la Cámara, para crear el Memorial Argentino, donde cada provincia reuniera su memoria completa para las futuras generaciones. Si esto se concretara, en el caso de Salta Claves sería un venero de datos imprescindible.

Y es que Pedro González la fue concibiendo, aunque con el centro en nuestra provincia, con una dimensión regional, detectando los ejes que le dan a esa región, una prospectiva trascendente y fundadora. Hay que ver quien puede tomar la posta de este envión que dejó en manos de los salteños con una vocación que no admitió renunciamentos.

Pedro y la poesía

Sobre todo el fuego político de Pedro, que produjo no pocas controversias, prevalecía en él un profundo y auténtico amor por la poesía. A mí que recién fui su amigo en sus últimos años, me sorprendía el fino y profundo conocimiento que sobre ella tenía.

Le preguntaba de dónde le venía. Y Pedrito ahí nomás me cambiaba el tema. Hasta que por una casualidad conocí a unos viejos amigos suyos, de la época en que Pedro vivía en Buenos Aires antes de radicarse en Salta. "Lo que pasa que éramos tres amigos poetas Pedro González, Hugo Di Florio y yo", me contaba Hugo Caamaño que lo quería tanto.

Enterado de esto volví a Salta y me le fui al humo: "¿Con que poeta, no? Y calledito!". Pedro, acorralado (y no se acorralaba fácilmente) no tuvo más que admitirlo no sin antes pedirme que no le contara a nadie. Me hago cargo de esta infidencia. Sobre todo porque conseguí que me leyera una decena de poemas que me dejaron admirado por su vuelo lírico e impecable factura.

Pese a ello no conseguí que me diera una copia. Al llegar a Salta había optado por la política como destino. Y no quería dar otro perfil que ese.

Son infinitas las tardes en que nos quedábamos repitiendo versos de poetas de todo el mundo, pero sobre todo de los españoles. Y es que Pedrito, era también un español puro por cruz. Vehemente y atrabilario, contradictorio y apasionado. Siempre recordaba, conmovido, el origen humilde de sus padres y sus avatares al llegar al país. Y en cierto modo, esa historia era para él una deuda sin pagar que, se me hace a mí, junto a sus convicciones, movilizaba desde el fondo sus posturas cívicas.

Como dije, fue por la poesía que nos fuimos acercando. De a poquito. Y es que años antes nos habíamos desconocido. "Cómo es posible que vos y yo ahora seamos tan amigos?" me preguntaba. Y es que hubo un tiempo en que la política nos había llevado a las antipodas y la idea de un mínimo acercamiento, por ese entonces, se revelaba imposible. Con el pasar de los años, tras hablar con las cartas en la mesa y el corazón en la mano, esas diferencias desaparecieron.

Yo creo que fue por la poesía, para empezar. Y también por todo esto que cuento de él, por esa mesa donde ejercía un alegre y fino magisterio con el comentario sagaz, la sensibilidad aguda y el entusiasmo desbordado.

Y por su generosidad.

Y por tanto que vos y yo sabemos, Pedrito, hermano.



Un año sin Claves, es decir sin Pedro González: demasiada ausencia

Gustavo Barbarán

Inevitables referencias personales en esta nota para un número especial de Claves, sin Pedro González entre nosotros. Sirva pues de sentido homenaje y agradecimiento al inolvidable fundador-editor-director (corrector-cobrador-telefonista) de la Revista. Mi afición por la política internacional nació en los cursos que dictaba Oscar Camillón en el Instituto de Cultura Hispánica, por aquellos años en que derrapaba el organigrama. Para entonces ya estaba decidida mi adhesión desarrollista, que a la vez me identificaba con aquel disertante. [El comentario viene a cuento pues el "método" desarrollista impone una atenta lectura del escenario mundial previa al trazado de un plan nacional de desarrollo].

Nunca pensé radicarme en Buenos Aires. Mi objetivo era Salta, donde además me esperaba la mujer con quien comparto vida, hijos y cinco nietas. Llegado a Salta con título de abogado homeado en una UBA muy complicada, tuve suerte al ofrecer mis artículos sobre política internacional.

El Tribuno fue el primero en abrirme sus páginas. Más allá de su presunta calidad, tenía claro -y eso me justificaba- que en nuestra ciudad, de tan vallistas, no había mayor práctica de prestar atención al mundo. Con el tiempo, la perseverancia me permitió incorporar en los cálculos domésticos, convencido de cómo la política internacional condiciona el diseño de la interna.

Después fue El Intransigente dirigido por Miguel Á. Martínez Saravia, generoso conmigo pese a las diferencias políticas. Cerrado el diario de tanta significancia en mi historia familiar, llegó la hora de los semanarios. Escribí sucesivamente en El Independiente y luego en Propuesta, hasta que llegó la invitación de Eco del Norte. Cuando dejé de hacerlo allí, empezaron mis primeras colaboraciones en Claves, presintiendo que sería mi lugar en el mundo. La muerte de Pedro me dejó boyando hasta el rescate de El Tribuno, donde sigo publicando notas de opinión.

Contribuyó a mejorar la calidad de mis escritos la docencia en la cátedra de derecho internacional público en la Universidad Católica de Salta, a la que ingresé en 1976. Conocer el funcionamiento del derecho internacional agregó valor a mis análisis, supongo.

Pues bien, conocía la revista y valoraba su contenido, pero nunca supe cuánto duraría esa corresponsalia. Sabía bien quién era Pedro González y él sabía quién era yo, qué pensaba y dónde me ubicaba en el espectro político. Se me antojaba peronista de la vieja guardia (definición que no dice mucho o quizás lo diga todo), con quien -al fin y al cabo- no era complicado entenderse. Con todo, habían diferencias levantables que mantuvimos congeladas para siempre y sin mellar nada. [Curiosamente no estaba entre ellas mi fe católica, que Pedro respetaba hasta con curiosidad, decía].

Los cafés grupales consumidos en el viejo bar de a pie de Sarmiento y Belgrano, sentaron una base de entendimiento suficiente para superar prevenencias generacionales y orígenes y fundamentos doctrinarios distintos. Al fin y al cabo Pedro estaba consciente de que la orden de votar por Frondizi en las elecciones de 1958, tenía explicaciones válidas. Varias veces le dimos vueltas al asunto.

Nunca nos tomamos examen, más bien nos poníamos a prueba. Presiento que con los años cambió su mirada respecto del desarrollismo, de Frondizi y de Frigerio. Aunque, en verdad, supongo que su relación con Enrique Alonso le habría brindado

antes material suficiente para separar la paja del trigo. Lo demás era simplemente hacerme renegar: ni él se haría del MID ni yo del PJ, él reconocía la necesidad imperiosa de construir el desarrollo nacional y yo coincidía con la imperiosa necesidad de una justicia social verdadera. Por su intensa vida y su lucidez, salí beneficiado de ese intercambio.

Pese a la diferencia generacional y de historias personales, nos hicimos finalmente amigos. Fue una amistad intelectual basada en un disenso táctico que con el tiempo pasó a las coincidencias estratégicas, que son las que interesan. En ese marco, la Revista se constituyó en un espacio de ideas, amplio y tolerante, exhibiendo una encomiable diversidad de ópticas sobre temas reveladores del nivel de la conciencia social.

A partir de mi "instalación" como columnista de internacionales, tuvimos la común preocupación de observar con atención el bosque para resguardar nuestro árbol. Santiago Rebolero y todos los colaboradores de Claves, cada cual con su formación y manera, generábamos opinión mensual con el afán obsesivo de que el ejercicio de todo poder en Salta tuviese mejores bases y argumentos en los sucesivos aspirantes. [Pedro querido, en verdad no sé cuál habrá sido tu impresión postrera; la mía es que todavía falta mucho, a estar por lo que se ve...].

Desde que salió mi primer artículo en el n° 23 de octubre de 1993, con pretensión de explicar la cuestión palestina nada menos, titulado "El difícil camino de la paz", hasta el último del n° 245 en noviembre de 2015 -"Colombia: ¿ha estallado la paz?"- poco antes de la internación de Pedro, pasó de todo mientras giraba el mundo en busca de nuevos paradigmas. [Pero empecé y terminé -lo advierto ahora- invocando la ordinata concordia agustiniana].

Jamás tuve impedimento para explayar ideas, jamás hubo el menor condicionamiento a lo que escribí y cómo lo escribí, pero hacíamos una necesaria evaluación de los temas convocantes. Esas charlas frecuentes y sin preparación previa, que ocurrían en las oficinas trashumantes de la Revista, me ayudaron a conocer la vastísima cultura de un político de raza que leyó de todo, acicateado también -no cabe duda- por la potencia académica de Yolanda. [Me asombraba su conocimiento de literatura y en particular de la poesía. Ambos lamentamos al unísono la repentina muerte de su amigo Joaquín Gianuzzi].

Y aquella aproximación rindió frutos. Lo advertí cuando en cierta ocasión le planteé que había llegado el momento de traspasar la política internacional. "Y sobre qué pensás escribir", me preguntó; "-De geopolítica y geoestrategia", fue mi respuesta. Coincidencia total y espontánea: "-Hay que volver a pensar en esos términos", repelió el viejo. Y así ocurrió desde que en el n° 176 de diciembre de 2008 salió "Un proyecto estratégico para Salta", matizando con algún tema internacional importante.

A partir de allí aumentaron las coincidencias; nos entendíamos mejor, buscábamos lo mismo y -muy importante- identificábamos los mismos obstáculos y las mismas trampas. Tal vez haya contribuido nuestra valoración del pensamiento de Juan Enrique Guglielmi y de Alberto Methol Ferré, por citar dos de semejante calibre.

Fue milagroso que la Revista persistiera un cuarto de siglo. Pedro dependía de los suscriptores, muchos renuentes y de difícil cobro siendo que pudiendo. Ni qué decir de los sofocones cuando se trataba de cobrar avisos oficiales. Llegaba el fin de año y sobrevolaba siempre el fantasma de la discontinuidad. Y contra viento y marea, Claves volvía al vasto mar de las ideas.

Como se trata de letra escrita y volcada en papel, Claves navega para siempre y nunca será un barco atascado en los sargazos. Editor/director y escribas, en cada fuero interno, ansiábamos -y ansiamos- un destino de concordia y dignidad para los argentinos, bregando siempre para que nuestro pueblo no se convierta en "invisible multitud animando cada noche un juicio final".

El Pedro lector, librero y editor

Creator e impulsor de la revista cultural salteña de más larga vida.

Gregorio A. Caro Figueroa



No se puede hablar ni evocar a Pedro González sin mencionar su compromiso con la aparición, nutrición y continuidad de la revista "Claves". En los casi 25 años de publicación sin interrupciones y en los 246 números de su colección, con artículos de casi 300 colaboradores. Pedro puso tanta pasión como en la política.

Pero lo que entregó en "Claves", no sólo como animador y editor sino también como editorialista y comentarista de libros, permanecerá en la letra impresa. Siendo igual o más interesantes e importantes esas otras letras, en las palabras dichas en conversaciones de café queda en la memoria personal de aquellas tertulias, del "Bar Los Tribunales", pasando por "El Farito" hasta terminar en "Tobías".

En mayo de este año, otra revista que se edita en Buenos Aires, cumple 50 años. Es el caso de "Todo es Historia", que fundó y dirigió Félix Luna. Cuando esta revista cumplió 10 años, Luna escribió un artículo confesando su sorpresa por haber llegado a recorrer una década con esa revista, cuyos primeros números escribió él casi íntegramente firmando sus textos con varios seudónimos, entre ellos Felipe Cárdenas (hijo).

Cuando en junio de 2001, la revista "Claves" editó su número 100, Pedro González admitió haber sentido la misma impresión que Luna. Impresión que fue mayor cuando se aproximaban los 25 años de "Claves". Dos revistas, dos edades. Ambas atravesando las turbulencias de una Argentina donde las esperanzas se desvanecen en las incertidumbres y en las que la voluntad de continuidad choca con bandazos y bruscos giros.

Al igual que Luna transformado en Felipe Cárdenas (hijo), Pedro aparecía en su balcón en la página 2 de "Claves", convertido en Santiago Rebollo. Aunque nunca lo hablé con Pedro, creo que creo, con la experiencia de "Claves", él catizó la frustración que dejó la fugaz experiencia del diario "Democracia".

En "Democracia", cuyo director fue mi hermano José Armando, Pedro fue subdirector y editorialista. Aquella experiencia duró seis o siete meses, en los que ese diario mantuvo una clara línea editorial, borrada por los siguientes editores. "Democracia" era un diario. Apareció en los últimos meses de la dictadura de Onganía. Además de afrontar una situación política adversa a la libertad de expresión, "Democracia" debía remar contra la corriente del otro diario local, siempre dispuesto a eliminar a otros medios abiertos, pluralistas, comprometidos con la democracia y transparentes.

El primer número de "Claves" apareció el 6 de febrero de 1992. En sus primeros cinco entregas apareció como "quincenario independiente". En sus primeros números prevalecían los temas políticos coyunturales. En los últimos meses de ese año, sin dejar de lado lo político, los contenidos de "Claves" fueron dando a la revista un carácter cultural. A partir de mayo de ese año, y hasta diciembre de 2015, su aparición fue mensual.

En 1992 Carlos Menem era presidente de la República y Roberto Augusto Ulloa gobernador de Salta. Aunque la libertad de prensa de entonces contrastaba con las restricciones de los gobiernos de facto, en Salta seguía sonando una sola campana. La condición de semanario de "Claves", y su circulación más acotada, no le quitaba el

mérito de haber abierto puertas y ventanas a otras opiniones silenciadas, cuando no hostigadas.

La editorial del primer número de "Claves" explicaba por qué salía a la calle una nueva publicación periódica en momentos que en Salta se multiplicaban los semanarios. Pedro señaló allí que "Claves" aspiraba a colocarse como un espacio común en el que se buscaría equilibrar la información cotidiana, el acontecimiento, la coyuntura o el corto plazo, con la reflexión más profunda, con una mirada de mayor alcance.

"Queremos ser voces de quienes, desde distintos ángulos o perspectivas diferentes, ofrezcan soluciones que consideren válidas para nuestros acuciantes problemas", escribió entonces. Abogaba por la búsqueda de coincidencias en cuestiones básicas para crear condiciones que hicieran posible "la convivencia civilizada de las personas y la confrontación serena de las opiniones que expresan".

No se trataba de confundir esa tolerancia con negación del debate, indiferencia o una neutralidad aséptica. "La Argentina de hoy persigue nuevas certezas". Salta no puede quedar al margen de esa realidad". Concluía: "Esta voz, humilde pero firme, quiere ayudar a forjar este nuevo proyecto".

En el último número de "Claves", de diciembre de 2015, dos meses antes de que "Claves" cumpliera 25 años, Pedro asomó por última vez a su balcón de la página 2, se quitó la indumentaria de don Santiago Rebollo y se colocó la de director de la revista. Primero puso el título a su carta dirigida "A los lectores": "Casi un cuarto de siglo" tituló.

Al final de ese largo y pesado cuarto de siglo, recordé aquellos propósitos iniciales: desterrar el sectarismo, la intolerancia, la violencia en todas sus formas y de cualquier origen apostando por la labor creativa, por el orden y por el cambio en orden. "Por supuesto que el propósito era desmesurado", admitió. "Pero algo se ha conseguido". Concluyó Pedro diciendo: "El esfuerzo hecho debe ser perseguido, quizá con nuevas herramientas, más útiles, para contribuir a los intentos de aquí y el ahora".

De la amplitud de ese abanico, sin precedentes en el ámbito salteño, da cuenta la coexistencia en las páginas de "Claves" de firmas como las del dirigente comunista Juan Benachio, del conservador Francisco Uriburu Michel, de Farat Sire Salim y Roberto García Pinto.

Tengo en borrador un artículo sobre mis recuerdos personales de Pedro, a quien conocí en el año 1960, creo que a poco de que se radicara en Salta. Una tarde, estando yo en el umbral de la casa familiar en Deán Funes 418, se acercó un señor -tendría 30 años- que preguntó por mi padre.

Me dijo que traía una carta para él. No recuerdo si la carta que traía Pedro era de Héctor Tristán, pero estoy seguro que era de un dirigente nacional del peronismo. Años después, en 1962 y 1963, veía a Pedro en las reuniones de la Juventud Peronista en el estudio de Mario Villada. En esa época Pedro se hizo cargo de la librería que estaba en calle Deán Funes casi España, frente al correo.

Entre esos recuerdos que dejo ese texto en borrador está el de Pedro como librero. Sobre el tema de Pedro lector recorro a la memoria de mi hermano Armando. No sé si se publicó en algún sitio lo que escribió Armando, pocos días después de la muerte de Pedro.

Una de las cosas que recordé fue al Pedro lector: "Pedro era un hombre de una gran cultura (no sólo política) y un empedernido lector de buena literatura que irradiaba sus conocimientos sin pedanterías". "Pedro nos ilustró a muchos de nosotros sobre la Buenos Aires de Macedonio Fernández, del Tata Cedrón, de Leopoldo Marechal, de Maruja Pacheco Huego, sobre su barrio de Coghlan".

Del apetito lector de Pedro dan cuenta sus comentarios de libros en la contratapa de "Claves". Desdoblado, Pedro aparecía como Santiago Rebollo firmando su comentario "Balconeo en el justicialismo", y desaparecía en la contratapa tras el anónimo reseñador o crítico de libros.

Pedro nos queda en el afecto y también nos queda en la palabra dicha y en la palabra impresa. En las dos últimas conversaciones, Pedro me contó conmovedoras cosas de mi padre. Encontrarme con Pedro era una de las formas de acercarme al recuerdo de mi padre. Este homenaje me deja con deuda. Tengo el compromiso de pagarla. No como alguna pequeña deuda de libros que habré dejado impaga en su librería cuando era un insolvente estudiante secundario.

A propósito de un heterónimo

El camino de don Santiago...

Alejandro G. Miroli

El antiguo Camino Real unía el Puerto de Santa María de los Buenos Ayres con la ciudad de Lima—capital virreinal de los territorios que hoy componen la Argentina hasta la constitución del Virreinato del Río de la Plata. Fue el eje económico y administrativo de esas entidades políticas; y también fue el eje—virtual—del mayor contencioso de la política argentina: el que ocurrió (ocurre) entre la ciudad portuaria y sus actores económicos, y el resto de las entidades políticas provinciales que conforman la nación argentina; aquello que fueron las guerras civiles federales, la llamada oposición entre unitarios y federales.

En ese tenor el Camino Real se proyecta sobre cualquier análisis político efectuado en alguna de las estaciones intermedias de dicho camino—Salta—. Como el que se llevó a cabo en "Balconeo" la columna que habitualmente aparecía a la izquierda de la página 2 de Claves. Allí su autor—heterónimo del editor—echaba una mirada sobre los acaceres de la polis llamada Argentina. De esos quehaceres intentaremos mentar el rastro del Camino Real.

¿Son todas las llamadas provincias (gualmente provincias)? Pues no todas; las hay generadoras—las provincias que enviaron diputados al congreso independentista de Tucumán—que generaron la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, en plano de igualdad formal y material. Y las hay depredadoras, como lo fue la provincia de Buenos Aires cuando el estado nacional se gesta sobre la primacía fáctica que tenía en el sistema económico de las Provincias Unidas. Y las hay aquellas que no son ni lo uno ni lo otro, sino creadas ex post de la República y desde el Estado Nacional como lo fueron los antiguos territorios nacionales a los que progresivamente se dotó de estatuto provincial. Pero esas diferencias son cruciales cuando se analiza la cuestión federal: las provincias generadoras entran en conflicto con el estado nacional cuando las lógicas históricas se enfrentan con las lógicas territoriales; y ello se ve en los textos constitucionales:

"Esta reforma (1994)...disminuye la gravitación políticas de las provincias que dieron origen a nuestro pacto fundamental...los intendentes son los verdaderos jefes políticos territoriales y constituyen el único al menos la más importante relación del vecino con el estado...pero tiene una enorme limitación, que ese poder depende de su relación con el gobierno provincial...lo que configuró audaces reformas constitucionales que olvidan la historia de nuestro pueblo." (Claves, 240, Junio 2015)

La lógica territorial, que meramente suma los votos en una única lista, rompe la representación provincial, especialmente de aquellas provincias generadoras; para esa representación se crearon institutos específicos como el senado y el colegio electoral, los cuales al ser apañados hacia la única lista soberana—los senadores por elección directa, la eliminación del colegio electoral—tienen como efecto la reducción de los institutos de representación federal. Y el federalismo cesa de ser raigal—como un poder que se construye desde las unidades políticas generadoras en forma ascendente—y se convierte en concesión—descendente—del Estado nacional. Esta situación fáctica se encuentra con aquella escrita en aquel documento magno llamado Constitución.

Por ello la sombra del Camino Real nos lleva a una mirada levemente escéptica sobre la religión constitucional: la idea que la Constitución como documento suprahistórico. Aquí Santiago reconoce la tensión entre la constitución fáctica y la constitución jurada. Y esta es la misma que hay entre entender la ley como una razón para actuar—acomodo mi quehacer a lo que está normado—o ver la ley como casuismo o justificación de la acción—acomodo la interpretación de la ley escrita a lo que hice. Toda una tradición de derecho constitucional consuetudinario o toda apelación etérea al "espíritu" de la constitución van en esta última dirección—como ejemplo la progresiva adquisición de capacidades legislativas por los poderes judiciales y ejecutivo—lo que está vedado material y "espiritualmente" en el texto. Así:

"Sobre la Constitución" Una cosa eran los enunciados, y muy otra la realidad. Los antiguos gobernadores e incluso virreyes del Río de la Plata, tenían una fórmula frente a los mandatos de la Corona que se negaban a cumplir: "Se acata, pero no se cumple". La Constitución estaba en todas las bocas...también se la acataba, pero no se la cumplía. Era la "hoja de papel" según expresaba Lassalle, frente a la constitución real del país." (Claves, 237, Marzo 2015)

Así el tema federal generador de la unión de provincias en una entidad política nacional, quedó aplazado por las instancias administrativas—decretos, reglamentos, resoluciones técnicas administrativas sean del gobierno central o de agencias autárquicas, todo lo cual está fuera del contralor legislativo. O las capacidades discrecionales de PEN para disponer de los aportes del tesoro nacional (ATN) sin ajustarse a ninguna regla de justicia que contemple la estructura federal originaria.

Pero detrás de esta cuestión, está una más básica: en la política la historia cuenta. La historia política no es sólo el recuento de los quehaceres pasados lo que supone una visión liliplutense del asunto. La historia cuenta porque nuestras subjetividades están hechas de memoria y porque son discursos plenos de pasado los que arman las justificaciones y excusas de nuestros quehaceres actuales: la historia no es lo que ya pasó—eso es cronología—la historia es la parte temporalmente cerrada de lo que nos está pasando; o sea presente y futuro son historia (como afirma la frase más lúcida de 1984: "Quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado"; o sea controla las justificaciones y excusas que se proveen para las acciones políticas).

Y en países y casos en que ese pasado es litigioso es necesario llevar la investigación y el esclarecimiento hasta las últimas consecuencias y en las situaciones más extremas:

"A propósito de la publicación del libro de Héctor Leis Un testamento de los años 70..." tengo



más diferencias que las que sostienen los prologuistas...Lo que importa es el coraje intelectual de planear los problemas que implican una memoria sesgada y un resentimiento que más se parece, en muchos casos, a una vindicación subjetiva que a un juicio sobre un proceso histórico...Sólo la sociedad en su conjunto puede construir una auténtica memoria histórica" (Claves 220, Junio 2013)

Y donde se ve esta articulación entre historia y política es en el énfasis que Santiago hacía en la política exterior:

"Desde que existe el estado moderno se denominó política a la política exterior...en la actualidad en el ya inevitable proceso de globalización sólo la existencia de bloques regionales podría hacer posible una política realista en defensa de nuestros intereses" (Claves 230, Junio 2014)

"Los estados nacionales modernos han distinguido en sus orígenes lo que es política (política exterior) y policía (política interior)." (Claves, 238, Abril 2015).

La política interior no se reduce a la administración pero la incluye y puede ser evaluada por su calidad. En la política exterior no hay administración, es todo pura negociación entre opuestos asimétricos en continuos arbitrajes de intereses y necesidades opuestas en un sistema total en el cual sólo hay relaciones fácticas, negociaciones continuas que exigen alianzas como actores que puedan resistir esas relaciones fácticas asimétricas. Así por la cuestión internacional se impone la necesidad de alianzas como lo ha sido la anhelada unidad de las Américas:

"Nuestra América está en un dilema de hierro. Se unifica o se desintegra. El mundo ha entrado ya en una etapa de globalización que no respeta localismos inviolables y nos impulsa a un acción común." (Claves, 241, Julio 2015)

Estas alianzas supranacionales, son paradójicamente una nueva oportunidad para las entidades políticas sub-nacionales. Así como la unión latinoamericana es una salvaguarda contra los cantos de la globalización asimétrica; la misma lógica de compensación de desigualdades y asimetrías se debería internalizar. La condición de una unión supranacional que preserve la justicia y la simetría es que cada nación tenga una organización tal en sí misma.

Esta restauración de la justicia y la simetría social es sólo posible cuando se hace de frente a la historia y sus múltiples expresiones, como va sucediendo en el proceso más interesante que hoy se puede encontrar en las Américas:

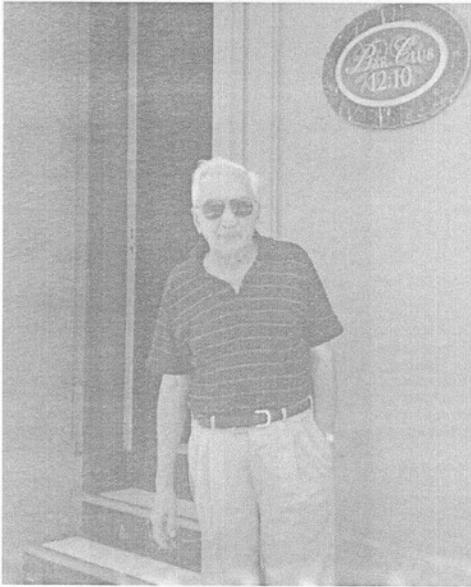
"Esta asimilación del adversario, al que no se criminaliza y al que en última instancia se reconoce como portador de un momento de la propia edad superadora, constituye el elemento fundamental que une el cuerpo de la nación boliviana." (Claves, 234, Octubre 2014).

La defensa de un federalismo raigal y doctrinario, no meramente formal fue una constante en las páginas de Claves; en ellas fue fluyendo la sombra del Camino Real, y como tal la impronta política de Claves ha sido valiosa. Me tocó conocer en poco a su editor, don Pedro González; en ello puedo decir que fue un hombre generoso, apasionado por la patria y su historia. Que no es poco.

Evocación de Pedro González. Sobre peronismo y razón poética.

Graciela Maturó

Buenos Aires, marzo de 2017



La revista Claves, publicada durante más de veinte años, tuvo un perfil singularísimo en la Argentina: anclada en la política—desde el peronismo, que al menos para nosotros, alentó siempre un cierto fondo doctrinal, a diferencia de otros partidos y movimientos—se abrió a la historia nacional y regional del NOA, a la antropología, la filosofía, la educación, las artes, y en particular a la poesía.

Pedro era alguien tan especial como la publicación que fundó y dirigió. Lo conocí al recibir hace doce o acaso quince años un número de Claves, a cuyas páginas fui invitada. No sé si para entonces conocía Pedro mi vínculo con Salta, iniciado décadas atrás. Todo empezó con la creación, en 1972, de la Universidad de Salta. Por esos años fui invitada a Salta por Zulma Palermo, en calidad de jurado de múltiples expedientes que pertenecían al proceso de separación de la nueva Universidad, hasta entonces dependiente de la Universidad de Tucumán. Por mi parte ya tenía en Salta algunos incipientes discípulos: la inolvidable Alicia Chibón o, en otro círculo, la laboriosa Elenita Altuna, pero el viaje tuvo grandes consecuencias personales y familiares. Mi hija María Fernanda Sola decidió terminar allí su carrera de Antropología, con la proximidad y el magisterio de Rodolfo Kusch. Pocos años después, mi hija Charo, arquitecta y escritora, siguió el mismo rumbo. Ellas conocieron a Pedro, y Charo fue también colaboradora de Claves. Para mi sorpresa, más adelante las seguirían también mi hijo mayor, Tristán Sola, y su esposa, ambos médicos. En suma, la mitad de mi familia se había instalado en Salta, donde nacieron nietos y bisnietos, cuando conocí personalmente a Pedro, con quien ya nos escribíamos.

Mis viajes a "las tierras altas", para llamarlas con palabras de Raúl Aráoz, fueron periódicos desde 1973 hasta el presente. Poco después de iniciados aproveché cada uno de esos viajes para visitar a Pedro, en su oficina de la calle Caseros, donde me esperaba casi siempre solo—alguna que otra vez con Yolanda—sumido entre papeles y siempre activo. En los últimos años se fue mostrando frágil y cansado. En alguna ocasión me invitó a que lo acompañara a una reunión que hacía los sábados con unos pocos amigos, coetáneos míos y suyos, en los fondos de una conifería. La mayoría de ellos ha muerto. Otras pocas veces, contadas, pude sustraerme de la oficina y esperar en algún bar de la Plaza, por ejemplo el Tiempo, o la Victoria...Veníamos de lugares y amigos compartidos pero nunca conversamos sobre ellos. Nos sabíamos supérflitos de un tiempo de salvajismo, y teníamos algunas semillas que guardar. Disfrutábamos de una amistad genuina cuyo eje, según creo, no fue la política sino la poesía. O acaso ambas conjugadas y al unísono.

En ese diálogo esporádico con Pedro pude apreciar su cultura, su disposición de cañito hacia la gente, su caballerosidad, su nobleza, su distancia del fanatismo, su inteligencia filosófica y su casi secreta vocación por las letras. Creo que, más allá de

cual fuera su formación—que no he conocido plenamente—había en Pedro González un sentido poético, tal vez innato, que marcaba su interpretación de la historia, su proximidad a atmósferas y personajes, sus elecciones y valoraciones.

Su columna política en Claves llevaba un pseudónimo, Santiago Rebolero, y un título: Balconeando el peronismo, que luego perdió ese complemento sin cambiar por ello de identidad. Para mí esa columna fue siempre un referente en el panorama nacional, un fiel de la balanza con el que tuve escasas diferencias, más de matiz que de posición. Desde allí hizo memorables llamados a la cordura, lanzó bienvenidas y despedidas, hizo balances imperdibles como el de la gestión de Fidel Castro—con el cual no era necesario coincidir totalmente para compartir su esperanza en la absolución de la historia—o su carta ejemplar a los radicales por la muerte de Alfonsín. A Pedro le gustaban mis temas, siempre relacionados con la poesía. Si no publicó más fue porque no quise abusar de su generosidad. Mi tema central, postulado como razón poética, era en verdad un tema filosófico. Para mí siempre hubo personas que representaban o vivían esa razón poética: una de ellas era Pedro González. Cómo decirlo. Quizás me asista Marechal, que siempre sostiene su pensamiento con imágenes del mundo, especialmente en la figura del domador de caballos:

El caballo es hermoso como un viento
que se hiciera visible
pero domar el viento es más hermoso
y el domador lo sabe

El poeta, domador del viento, se encarga de otorgar peso y medida al impulso salvaje del caos. Y esta metáfora designa una actitud humana fundamental. Del caos al cosmos, de la guerra a la armonía (flor de la guerra) tal el camino de Marechal, tal el núcleo de su poética. Más allá de ésta, expresa un modo de ser de nuestros pueblos, una manera de conjugar el impulso salvaje del caos con el rigor y la disciplina del hombre como aprendiz espiritual. A la manera del domador, el poeta convierte lo inabarcable del misterio en forma, en ritmo y en imagen, por obra de un ejercicio ritual, comparable a un sacerdocio.

Pero no es indispensable escribir poemas para ser partícipe de la razón poética. Lo son ciertos filósofos, unos pocos conductores políticos, algunos activistas de la cultura. Tal lo que he percibido en el amigo Pedro González, como un secreto compartido, tal vez con una herencia difusa que recibimos o que, tácitamente, nos propusimos reelaborar y compartir. ¿Sería eso el peronismo, inaccesible para otros? Nos faltó elaborar las últimas razones, aquellas que hacen a la muerte y a la eternidad. La enfermedad impidió los últimos encuentros. Tal vez esas razones faltantes eran para el silencio, no para el diálogo.

Pido perdón si al evocar al amigo he incurrido en cierta inevitable auto-referencia. Quise ser leal a la amistad compartida, a las palabras y silencios de cada encuentro, a los dichos, a los sobreentendidos. Tuve que decir de dónde yo venía cuando encontré en mi vida a Pedro. Tuve que mencionar un descubrimiento personal y familiar del NOA, que para esta estufo de las letras, a sus cuarenta años, no aparecía como "otro país" sino como "el país", el país raigal, ancestral, perdido, originario, no siempre reconocido con lucidez ni por sus propios habitantes. Y pude aquilatar la labor de Pedro González en un rescate continuo y no ideologizado—ni siquiera folklorico—de la Argentina profunda, el país interior, esa América desvaída y fragmentada, cruzada de ideologías y banderas, a medias modernizada, disfrazada, vendida o ignorada.

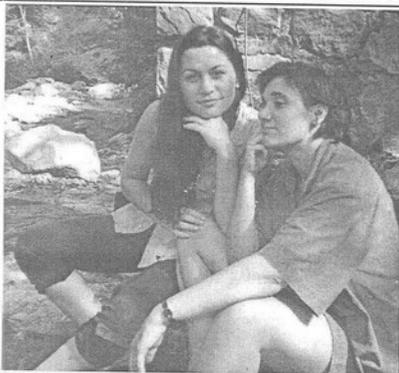
La razón poética—al fin un modo de vida más que de pensamiento o escritura—aparecía como el humanismo fundante y no proclamado que ascendía a la boca del poeta y brillaba como su verdad. Era certidumbre nos unió sin necesidad de ratificarla a cada paso. Era como reconocerse cronopios, en el decir de otro grande.

¿Por qué unos son cronopios y buscan el centro, midiendo el tiempo de otro mundo, y otros no acceden a qué significa el centro, o ese modo de andar por el mundo, de callar y decir? Y por qué esa necesidad de escuchar al poeta cuando se confunden otras voces, y se tambalean las instituciones?

Pienso que la obra de Pedro deberá ser continuada, no en su revista, que se fue con él y es inimitable, sino en acciones y realizaciones acordadas, herederas de su peculiar dinamismo y preocupación por la cultura. Lo recordaremos toda vez que pongamos a andar ese país interior que él rescató, y del cual el NOA puede ser el emergente más visible, o puede convertirse, en cambio, en una nueva estratificación ideológica. Nuestro amigo estará presente cuando sepamos proclamar la real integración del subcontinente por la cultura, cuando las herramientas provistas por Frankfurt, Yale o La Sorbonne dejen de mostrarse impredicibles, y nos volvamos a nuestros pueblos de variado color en busca de imágenes, símbolos y mandatos históricos.

Conversando sobre Pedro, nuestro padre.

Alejandra y Fernanda González



Veinticuatro años antes de su fallecimiento, el 18 de marzo del 2016, nuestro padre comenzó la publicación de Claves. Se aventuró, una vez más, dejando su trabajo en un estudio jurídico para construir un espacio que fue creciendo gracias a su perseverancia (¿o su testarudez?).

Este ámbito se armó con la misma trama que caracteriza a los intelectuales latinoamericanos: una pasión desbordante por la cosa pública, una interrogación sin fronteras por los problemas regionales, una inclinación hacia las formas novedosas de la expresión artística, una vertiente donde lo popular opera como factor de atracción pero, a la vez es cuestionado en su definición y límites, y un culto por el ejercicio de la palabra y la potencia del pensamiento, que hicieron de Claves un lugar de encuentros y desencuentros reflexivos. En un peregrinaje que se fue acrecentando con los años, acudieron poetas, políticos, intelectuales, profesores, funcionarios, artistas especialmente de Salta y del noroeste, pero también más distantes, a discutir los temas del momento pero también la validez de una metáfora, o la pertinencia de una toma de posición pública.

Cada quien sabrá que aprendió o compartió con Pedro González, Nosotras, sus hijas, sentimos que dejó abierta una preocupación, un camino que no se resuelve. El viejo nos enseñó a preguntarnos, a amar algo que no se sabe qué es: Nuestra América. No la de los americanos, la de José Martí. Con sus poetas, y sus políticos, siempre héroes trágicos y en el filo de la gloria y el patetismo, con esos pueblos valientes, que no están donde los esperamos, y se sublevan en el momento menos pensado, con esa historia, hecha de mezclas extrañas de un imperio colonial que inicia su decadencia y cientos de comunidades que a pesar del genocidio, y el maltrato, logran expresarse en un renovado barroco mestizo.

Fernanda: Por mi parte a mí me tocó trabajar con él los primeros años de Claves. Fueron todo un desafío y pura pasión.

Conseguir quien apoyara su empresa quizás no era tarea imposible, pero el acompañamiento económico con publicidad siempre fue un camino ríspido que mi padre batallaba mes a mes.

Lo que más recuerdo de esa época era su tesón, a pulmón puro, por atravesar cada uno de los embates que traía la compleja tarea de poner en marcha una revista cultural independiente en esta capital salteña.

Por más de veinte años vi a mi padre emocionarse tanto como angustiarse por querer construir un legado para la Salta intelectual que apreciara reflexiones críticas sobre distintos temas, siempre vigentes, de nuestro entorno americano.

Alejandra: A lo largo de estos años, y en conversaciones con el viejo, fueron apareciendo temas muchas veces polémicos: el ensayismo latinoamericano, las cuestiones del idioma de los argentinos, los paseos por el barroco, el drama palestino, los dilemas políticos y culturales que conmueven a la comunidad contradictoria y apasionada en la que vivimos.

Fernanda: Con ese amor "por la cosa nuestra" que trascendía la mera charla íntima para convertirse en un espacio que propiciara el diálogo, ni ingenuo ni ameno, sino justamente provocador y sacudidor de mentes inertes.

Alejandra: La última vez que conversamos, lo que derivó en escritura, fue en la terapia intermedia donde pasó su último mes. Hasta allí se acercaron los amigos, y nosotras, sus hijas. Una noche nos quedamos discutiendo una vez más sobre el significado del peronismo. Misterio casi inextricable que da que pensar a los argentinos y pensadores de diversas latitudes en los últimos setenta años. Conversamos acaloradamente sobre sobre cosas definitivas el adentro y afuera del peronismo, considerando que durante el menos siete décadas, hubo salidas, ingresos, reincorporaciones, reproches y perdones. Resultó un artículo que publicamos en el periódico amigo Punto Uno. Es peronista quien tiene el valor de decir que lo es, concluimos. El peronismo siempre será una provocación.

Fernanda: El accionar de nuestro padre se demostraba con el pensamiento: esa era su verdadera riqueza. Movilizarte hasta la propia contradicción. Eso lo fascinaba.

Alejandra: Pienso en lo que les dejó a sus nietos. La veo a Malena peleando con su editorial independiente, en la construcción de un espacio de pensamiento no atado a ninguna institución, solo ligado a lo que le importa, sin temor a cambiar de opinión, a ponerse en otra vereda, y en un espacio de comunicación. ¿Y a sus hijos, en qué los marcó?

Fernanda: En los tres veo algún reflejo suyo. Mauro tiene ese sentimiento arrogante en el buen sentido, de batallar...ir para adelante pero sin dejar de ser vulnerable a la vez. A Luciano, quizás el más parecido, ya que tiene algo del físico de su abuelo, papá le legó el amor por lo público, por la política en sí, por el prójimo... en Joaquín veo su mirada curiosa, esa persona que se asombra de todo y que siempre está dispuesto a conocer cosas nuevas...a arriesgarse. Algo de aventurero, tal vez.

Alejandra: No podríamos hablar de la marca que Claudia dejó en la vida cultural y política salteña, pero sí en la nuestra. Para mí fue el permiso para abrir un ámbito de escritura, de diálogo y de discusión. Debatiómos fuerte con el viejo. Creo que en mí, papá operó como el que habilita la palabra. Escribí en el primer número de Claves y en el último, y hubo un

gran camino. Porque no estábamos de acuerdo muchas veces, discutíamos las notas, no era fácil, porque no cedía. En relación a la verdad, no hay que ceder, solo saber que nadie la conoce entera. No se trataba de conversaciones amigables de sobremesa. Quizás lo más importante que me enseñó es que el pensamiento no era cuestión de profesores de filosofía, profesión que valoro, sino una tarea que excede en mucho los límites de las escrituras canónicas universitarias. Se trata de una aventura, que involucra los aspectos más personales, donde se juega el pasaje de lo privado a lo público, de lo íntimo a lo que puede volverse urgente en el debate de la convivencia.

Fernanda: Sí, totalmente. Que podemos decir sobre la verdad. Su verdad, nuestra verdad. Por suerte sabemos o lo que es peor, creemos saber lo que es la verdad y en realidad sólo podemos ser capaces de construir un relato de esa parcialidad. Siguiendo con esa lectura verdad, realidad, peronismo...sus grandes motores.

Alejandra: Y sí, siempre el peronismo. El nombre que tiene para mí el deseo de vivir juntos de esta comunidad. El peronismo y la literatura. Me parece que están ligadas esas preocupaciones. Me pregunto si no serán lo mismo. Si el peronismo no será el género literario que inventamos una y otra vez los argentinos. Cada generación le agrega su estilo, su tema favorito, su retórica. ¿Hace más de setenta años que lo venimos haciendo! Y después de todo, la literatura ¿no es un largo ejercicio de la memoria colectiva donde se abre paso la palabra que cuando es honda, habla a todos, y para el futuro?

Fernanda: Ambas palabras las aprendí de él. La literatura: ese maravilloso lenguaje que habla y es hablado por todos... al igual que el peronismo. Cosas de las que no puedo dissociarme, dejar de sentirlas, creélas propias para después "ajenizarlas", destruirlas, convocarlas, hablar bien de ellas... y mal.

Alejandra: También la historia fue un tópico privilegiado. ¿Te acordás que papá soñaba con Alberdi que le decía no sé qué cosas?

Fernanda: No sólo le decía cosas, discutían de igual a igual. Cuando era chica, muchas veces, creí que papá realmente había tenido ciertas conversaciones con Alberdi, Sarmiento...

Alejandra: Sí, Sarmiento. Recuerdo escucharlo hablar tantas veces de Sarmiento, en una conversación última con Joaquín Giannuzzi, charlaban de su idea de nación, de sus viajes, de sus contradicciones...

Fernanda: Lo complejo de Sarmiento me trajo más de una pelea con colegas, y de seguro su incorporación a mi pequeño universo "profesori", al igual que Mansilla, que hubiera estado encantado de conocer a papá. Se habrían divertido mucho cuestionando las distintas formas de entender o ver la realidad.

Alejandra: Y su amor por Danwin, por Said, Por Palestina. Hay muchos dolores en esta mundo. ¡Pero Palestina apareció tantas veces en Claves! Como si se resumiera allí el dolor de los excluidos de todos los tiempos, de las injusticias de siempre...

Fernanda: Reconozco que tus charlas eran más profundas. Aquí sólo escuchaba, con placer y admiración (algo que tengo por los dos), ese ir y venir de ideas y cruzamientos de palabras mientras mamá preparaba una picadita... y siempre volvía a salir el tema de América. ¿Te acordás?

Alejandra: Sí, nuestra América estaba siempre presente. Como si fuera un espacio ardentemente al que hay que volver una y otra vez. ¿Un sueño? ¿Una utopía? La unión de América. ¿Bajo el imperio jesuitico? ¿Y el barroco? ¿Cómo no pensar el barroco de la contra-conquista? El de Lezama, insumiso y creador.

Fernanda: Tantas utopías en su mente y en su corazón. No le quedaba otra cosa que ser peronista. Esa era su verdadera identidad.

Alejandra: No se trataba de una identidad fallida, ni de unas raíces olvidadas, sino de un proyecto político, demorado, contradictorio, doliente.

Fernanda: Recuerdo unos de los últimos días en la clínica cuando ya estaba muy mal y entré a la habitación para saludarlo. Me reletó y se enojó conmigo porque no había saludado "al caballero de la fina estampa". Le pedí perdón... saludé correctamente al caballero y miré fijamente a mi padre a los ojos y ahí me di cuenta de que yo era la que estaba en presencia de ese caballero.

Alejandra: También nos dejó esta familia, con Yolanda, esta fraternidad.

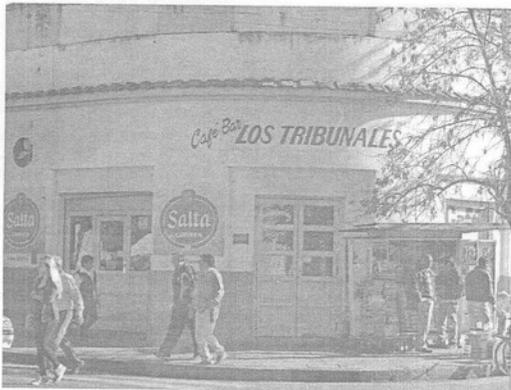
Creo que ya está escrito nuestro homenaje.

CLAVES

PERIODICO INDEPENDIENTE

DECLARADO DE INTERES CULTURAL POR LA SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION
Y POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE SALTA

Nº Prop. Intelectual : 295075 - Director Proprietario: PEDRO GONZALEZ



Cómo recordar a Pedro González sin ligarlo al Bar Café Los Tribunales, parte insoslayable del paisaje urbano de Salta y ya de su historia; templo laico de la asidua prédica que cultivamos hasta la partida del contertulio amigo. Quizá el Café más antiguo subsistente en nuestra ciudad, que data del año 1948, y que desde 1952 es de propiedad de la familia Defrancesco, originaria de la provincia Autónoma de Trento, Italia, al pie de Los Alpes, que fuera territorio austríaco hasta la primera guerra mundial.

Parece -se ha apuntado con acierto- que hoy vivimos absortos por las redes sociales y teleamos con insaciable vehemencia la computadora o el teléfono móvil en la búsqueda de información, y que en esa vorágine hemos perdido la noción de lo necesario que es el encuentro con los otros, el conversar sin límite de tiempo, razonar y debatir mirándose a los ojos. Y es el café este punto de encuentro, el lugar para soñar con los amigos, el mejor sitio donde pensamos como posibles las utopías y experimentamos la catarsis del diálogo en su construcción, con discusiones, debates y reconciliaciones propias de un ámbito de tolerancia, aún en los apasionamientos.

La vecindad con la sede del Poder Legislativo, convirtió al Bar Los Tribunales en un inevitable punto de referencia de conciliábulos políticos en donde se debatían informalmente los temas sobre los cuales versarían las sesiones de los representantes del pueblo, sus asesores y

ciudadanos interesados en la política. También formaban parte de la concurrencia funcionarios y magistrados judiciales y abogados, por cuanto también tenía su sede allí parte del Poder Judicial. Todo ello incidió con el devenir de los años a caracterizar el Bar Los Tribunales como una caja de resonancia de las vicisitudes por las que transitaba la política salteña. En los períodos de reflujo derivado de la clandestinidad de la actividad política provocada en lapsos en que la misma se encontraba vetada o restringida por gobiernos antidemocráticos, servía el Bar de cobijo para contactos asordados amparados en la discreción de los propietarios.

Al socaire de ello comenzó a tomar cuerpo la llamada "mesa ciudadana" a cuyo concurso se volcaban las inquietudes políticas para impulsar la recuperación democrática, para lo cual se allanaban generosamente consideraciones facciosas o de partido, en servicio del objetivo esencial y común. El diálogo quedó institucionalizado y la mesa ciudadana se consolidó como instrumento de convergencia intersectorial e interpartidaria con generosidad y sin sectarismos, en lo que siempre tuvo marcada relevancia la intervención de Pedro.

Pero el decurso de los años se mostró implacable. Se fueron varios, desgajándose esta verdadera institución. Partieron los tridentinos Luigi y Carlo, propietarios desde el año 1952, apasionados hinchas de Boca Juniors (sería por la coincidencia de los colores azul-oro de la camiseta boquense con la bandera de Trento?), íntegros, justos; contracara de la pérfida doña Rosa, dueña del café La Delicia que pinta Camilo José Cela en La Colmena. No están tampoco antiguos parroquianos del Bar que nos contemplan ahora desde sus retratos que adornan las paredes, como Juan Carlos Dávalos, el Cuchi Leguizamón, Pancho Álvarez, Armando Caro, Carlos Caro, Miguel Sastre, Carlos Chávez Díaz, Arturo Oñativia, Alberto Mariño, Danilo Bonari, Farat Salim, Marcelino Arias Esquivu, Cholo Mauri, Hugo Poma y tantos otros. Y ahora Pedro. La mesa ciudadana languidece, llena de tristeza, por estas irreparables pérdidas y desde esa memoria le rendimos este homenaje.

MANUEL PECCI

Y

LA MESA CIUDADANA DEL BAR LOS TRIBUNALES

Agradecimientos

Esta edición de un número homenaje de CLAVES no hubiera sido posible sin el apoyo económico de mi yerno, Mario Castelli.

Debo agradecer muy especialmente, al esfuerzo continuado de los suscriptores de la revista, muchos de los cuales acompañaron durante los 24 años de su aparición esta empresa de un periodismo político-cultural independiente, convirtiéndose en fieles lectores y difusores de argumentos y contraargumentos que constituyeron el entramado básico de las controversias que mantuvieron en vilo el pensar en este último cuarto de siglo.

Agradezco también a los avisadores que entendieron la importancia de sostener mes a mes la posibilidad de la aparición de CLAVES. La lista es larga, y fue variando a lo largo del tiempo, pero su registro queda en las páginas de la revista. Una mención especial merece Librería Rayuela, que nos acompañó durante todo ese tiempo. Gracias al sistema de canje, no faltaron libros en nuestra biblioteca.

Otra mención especial es para la Imprenta Grafica Laprida, donde Hugo y Gustavo Cisneros pusieron todo su empeño para lograr la aparición de cada uno de los números.

Y un emocionado recuerdo para Orlando Abán, cuyas tareas de mensajería viabilizaron la dinámica del día a día de las gestiones propias de la vida cotidiana de un pequeño emprendimiento.